

JOSE LUIS
Colección LUCHADORES DEL ESPACIO
MARES TENEBROSOS
GEORGE H. WHITE.

CAPITULO I

Prólogo

Recién llegado a la galaxia de Nahum, el autoplaneta Valera queda inmovilizado por un rayo desconocido que deja fuera de servicio todo el sistema eléctrico. Sin posibilidad de defensa, con todas sus baterías y su poderosa escuadra sideral intacta, el Almirante Mayor tuvo que rendir el autoplaneta a los nahumitas. Miguel Ángel, el más joven de los miembros de la familia Aznar, huyó a las montañas para integrarse en un grupo de resistencia, cuya misión era provocar la voladura de un depósito de explosivos nucleares, y con ello la destrucción total de Valera. En un desesperado intento por rescatar el autoplaneta Miguel Ángel y los comandos atacan directamente la Sala de Control, logrando poner en marcha los motores que deberán alejar a «Valera» del fatídico Rayo Azul.

LA FUGA

Con el apagón de todas las luces había dejado también de funcionar el sistema de acondicionamiento de aire. Aunque no faltaba oxígeno y el contenido de anhídrido carbónico se mantenía a un nivel aceptable, la atmósfera era calurosa en la sala de control.

Aquí y allá, sobre las consolas, y arriba en las galerías, brillaban las luces de quinqués improvisados con botellas llenas de petróleo. En el centro de la gran sala hexagonal se levantaba una plataforma a la que se accedía por una escalerilla de cristal. Era el llamado «puente de mando». La plataforma estaba rodeada de una batería de treinta pantallas de televisión que formaban un parapeto de un metro de altura.

Sobre el parapeto ardía una mecha sumergida en un frasco de alcohol, que daba una llama azul, distinta de las demás. Las consolas de los controladores estaban dispuestas en forma de círculos concéntricos en torno a la plataforma, de modo que esta podía verse desde cualquier ángulo de la Sala de Control.

Aquella llamita azul y alargada era toda la luz de esperanza para los mil quinientos controladores que la contemplaban por encima de sus pantallas apagadas y sus mudos cuadros de indicadores.

Aunque el puente de mando era el centro nervioso de la más compleja máquina de guerra del Orbe, su simplicidad era sorprendente. En mitad de la plataforma de diez metros de diámetro sólo un sillón giratorio de cuero negro. Caviloso, contemplando la leve oscilación de la llama azul del improvisado quinqué, Miguel Ángel

Aznar permanecía inmóvil en el sillón.

Hacía treinta y dos horas que Miguel Ángel y los comandos de la teniente Ángela Balmer asaltaron la Sala de Control. Tácticamente la operación había sido un éxito. Los comandos de la teniente Ángela Balmer, con el joven Aznar al frente, remontaron el río San Juan y se internaron en el laberinto de colectores y alcantarillas de la ciudad alcanzando los sótanos del Palacio Residencial.

Al contrario que los nahumitas, que llevaban sólo unos días en Valera, Miguel Ángel Aznar se sabía de memoria todos los caminos que conducían al subterráneo de la Sala de Control. El invasor, pecando de incauto, no tenía demasiadas fuerzas allí, sin duda considerando suficiente las que puso en la entrada de la rampa de la Plaza de España. La sorpresa fue completa. Después de breve y sangrienta lucha todos los nahumitas eran muertos y la Sala de Control estaba en poder de los valeranos.

Valera, un planetillo hueco casi tan grande como la Luna, era a la vez una máquina de guerra y gigantesca nave interplanetaria. La Sala de Control, desde donde se dirigía el autoplaneta, era de una complejidad enorme, aún con la inapreciable ayuda de su poderoso cerebro electrónico.

Una de las peculiaridades de este intrincado complejo consistía en que muchas de las órdenes se daban de viva voz ante los micrófonos. Pero los nahumitas eran extranjeros en Valera y no hablaban castellano. Por esta razón, antes de emprender la larga y laboriosa tarea de introducir modificaciones en la Sala de Control, los nahumitas tenían empleados allí a más de un millar de controladores valeranos. Estos controladores se habían puesto como un solo hombre a las órdenes de Miguel Ángel Aznar, el tataranieto del desaparecido Almirante Mayor don Jaime Aznar.

Aunque sólo era un cadete de último año de la Academia Astronáutica de San Carlos, el joven Aznar había pisado con frecuencia la moqueta granate del famoso «puente de mando». Poseía dotes innatas de mando y estas se pusieron de manifiesto en la operación de rescate de la Sala de Control. Sus primeras órdenes fueron contundentes: poner los reactores atómicos en marcha, cerrar la cortina metálica que aislaba la Sala de Control del exterior y lanzar a la Armada Sideral contratos buques nahumitas que se encontraban dentro y fuera de Valera.

Con sus poderosos motores en marcha el autoplaneta empezó a moverse abandonando la órbita en que permanecía desde que llegó a la vista de Nahum. Pero los nahumitas no tardaron en reaccionar. Apenas Valera había conseguido vencer la inercia de su importante masa, cuando de nuevo volvía a ser atrapado por el Rayo Azul, proyectado desde el más próximo planeta de Nahum.

Este Rayo Azul debía tener alguna propiedad electromagnética que dejaba fuera de servicio los generadores eléctricos. Como había ocurrido en fechas anteriores, cuando el Almirante Mayor se vio obligado a rendir el autoplaneta, sobrevino en todo el planetillo un apagón. Valera, sin electricidad, era como un cuerpo sin vida. El impulso recibido le alejaba del planeta nahumita y del Rayo Azul, pero a una velocidad muy pequeña, del orden de unos mil kilómetros a la hora.

El Rayo Azul de los nahumitas no podía detener a Valera. Este, como un cuerpo celeste cualquiera, se movía ahora en el espacio por su propio impulso. Con tiempo por delante el planetillo acabaría por escapar al alcance del Rayo Azul, y una vez lejos de este recobraría toda su capacidad operativa. Sin embargo los nahumitas no lo permitirían.

El jefe de más alta graduación de cuantos se encontraban en la Sala de Control al producirse el asalto de los comandos era el Contralmirante don Federico Hernández. Al igual que el resto de la dotación del Centro, el Contralmirante había acatado las órdenes de Miguel Ángel sin intentar en ningún momento hacer valer su más alta categoría.

Mientras Miguel Ángel Aznar reflexionaba en la butaca, que antes que él habían ocupado los miembros de su familia, el Contralmirante Hernández subió a la plataforma del puente de mando.

El Contralmirante había sido ayudante del Almirante Mayor. Hernández procedía de la escala técnica y se había formado profesionalmente en la Sala de Control. No era un estratega ni participó jamás en una batalla sideral, pero llevaba sesenta años trabajando allí y se sabía de memoria hasta el último componente del intrincado mecanismo del Centro.

Competente en su trabajo, leal a los Aznar, al Contralmirante le había tocado el penoso deber de presenciar el suicidio del Almirante Mayor y el hijo de este, el Almirante don Andrés. Posteriormente Hernández había enterrado los dos cadáveres en un lugar seguro.

- Utilizaron unas cápsulas de cianuro que llevaban en la boca- explicó el Contralmirante al relatar aquel dramático momento-. No sufrieron.

Pero Miguel Ángel, que conocía bien a su tatarabuelo y su bisabuelo, sabía que sí sufrieron. Sabía que la decisión que les condujo hacia el suicidio tuvo que ser dolorosa hasta el tormento. Y no se trataba de un dolor físico, sino de algo más allá de todo dolor humano; la angustia, la desesperación, la cólera y la humillación de tener que entregar «su» autoplaneta sin haber tenido siquiera la oportunidad de defenderlo.

La Historia enjuiciaría a estos hombres tal vez severamente. Sin

embargo no habían podido obrar de otra forma de como lo hicieron. Decidieron rendir a Valera para salvar la vida de sus ochenta millones de habitantes. Luego se quitaron la vida para impedir que la información que poseían acerca de la ruta que conducía a los planetas terrícolas cayera en manos de los nahumitas.

El autoplaneta era una máquina de guerra de tanta envergadura que, en manos de los nahumitas, utilizada por estos como instrumento de invasión, ponía en serio peligro la libertad e independencia de los planetas de la Confederación. La última disposición de don Jaime, antes de despedirse de su Estado Mayor, consistió en aconsejar que se formaran varios grupos de resistencia para intentar volar y destruir el autoplaneta después que los nahumitas hubieran evacuado a la población valerana.

Si los grandes depósitos de explosivos nucleares hubieran podido destruirse desde la Sala de Control, el aniquilamiento de Valera habría sido cosa fácil ahora. Pero los polvorines de Valera no podían quedar a expensas de un loco o un imprudente, y no existía el botón necesario para este fin. ¿Quién pensó jamás que el formidable Valera tuviera que rendirse sin haber disparado un torpedo?

Las cavilaciones de Miguel Ángel Aznar fueron interrumpidas por la presencia del Contralmirante Hernández.

- Los nahumitas están atacando la cortina metálica de la entrada- informó Hernández.

- ¿Cómo dice?

- Los nahumitas…

- ¡Oh, perdone! Sí, le entendí. Están atacando la cortina de dedona- dijo Miguel Ángel Aznar poniéndose en pie-. Es natural, ellos no van a permitir que permanezcamos aquí mientras Valera se aleja de su planeta. No van a darnos tiempo a ponernos fuera del alcance de su Rayo Azul.

El joven prestó atención a los ruidos.

- No oigo explosiones -dijo-. ¿Cómo cree que echarán abajo la puerta? ¿De qué medios se valdrán?

- La cortina es de dedona pura, de un peso específico de cuarenta mil, y tiene un metro de espesor. Me imagino que intentarán perforarla con un taladro atomizador, arrancando la dedona átomo por átomo hasta practicar un agujero en el cual puedan introducir un barreno de carga nuclear. La detonación del barreno abrirá un agujero lo suficientemente grande para que puedan barrernos por él con un cañón. Tal vez introduzcan gases venenosos o simplemente paralizantes.

- ¿Cuánto tiempo les llevará abrir ese agujero?

- Algunas horas… tal vez un día.

- Resistiremos aquí hasta que quede un hombre y una bala.

Destruiremos la Sala de Control, el cerebro electrónico…

- ¿Para qué?-inquirió el Contralmirante-. Los nahumitas repararán las averías. Yo no tocaría nada. Con luz y electricidad para sus backs los grupos de demolición llegarán antes hasta los polvorines. Tal vez alguno tenga éxito y consiga destruir el autoplaneta. Miguel Ángel Aznar reflexionó un instante.

- Bien, quizás tenga usted razón. Destruiremos solamente el cerebro y sus unidades de memoria. Luego moriremos luchando -afirmó.

- No es necesario morir. También podemos escapar.

- ¿Sí? ¿Y cómo? Sólo existe una salida y en ella están los nahumitas.

- No. Hay otras salidas; una larga galería que conduce hasta el túnel del suburbano… y un ascensor secreto que lleva a una esclusa donde nos aguarda una aeronave.

- ¿Una aeronave?

- Un crucero sideral completamente equipado y armado, con provisiones para un largo viaje…

- ¿De qué me habla? -interrumpió Miguel Ángel sorprendido-. Nunca oí hablar a mi padre ni a mis abuelos de que existiera otra entrada ni salida que la que pasa por ese vestíbulo y la cortina de «dedona».

- Tal vez su padre no lo sabía. Don Jaime sí. Y yo también. El Capitán Fidel ordenó practicar esas galerías cuando se construyó el autoplaneta, pero esas salidas no figuran en ningún plano de la Sala de Control. Su existencia ha permanecido en secreto todos estos siglos, y sólo ha sido conocida por el Almirante Mayor y el ayudante de Control.

Miguel Ángel Aznar estudió en silencio esta nueva posibilidad. Escapar… vivir… Era una perspectiva tentadora. ¿Pero qué probabilidades tenía de llegar a ninguna parte con un crucero sideral? La Tierra y los planetas de Redención quedaban aún demasiado lejos. ¡Cincuenta y cuatro años de viaje, expuestos a mil y un peligros! No merecía la pena pensar en ello.

José Luis Balmer subía en este momento hasta el puente de mando y vino hasta donde estaba su amigo.

- Cuando los nahumitas entren en esta sala y la encuentren vacía, comprenderán que en alguna parte existe una salida secreta. Seguramente la encontrarán. Ahora bien, mil personas es mucha gente. Podríamos hacer creer a los nahumitas que habíamos huido por la galería que da al suburbano, a condición de que esas mil personas pudieran esperar escondidas en la segunda galería. Pero el pasadizo es muy estrecho, y en la bóveda no van a caber más de cien personas, como mucho.

- ¿Podemos echar un vistazo a esos pasadizos?

- Sí, naturalmente. Vengan conmigo.

Miguel Ángel y José Luis siguieron al Contralmirante por la escalerilla. Al pie de esta se encontraron de frente con la teniente Ángela Balmer. Era una mujer muy bella; joven y esbelta, de cabellos negros y ojos oscuros. La camisa verde y el calzón rojo del uniforme de las Fuerzas Especiales se ceñían a su figura haciendo resaltar la línea del busto y la curva de las caderas.

- Parece que estamos atrapados -dijo la teniente con desenfado-. O mucho me equivoco, o Valera no logrará salir del alcance del Rayo Azul antes de que los nahumitas echen abajo la puerta.

- Hemos fracasado -admitió Miguel Ángel-. Destruiremos el cerebro electrónico y abandonaremos este lugar.

- ¿Salir de aquí? ¿Por qué lugar?

- Sigúenos y lo verás.

El Contralmirante se detuvo ante la puerta que conducía al espacio vacío bajo el puente de mando.

- Por aquí -señaló.

Hernández se había provisto de una botella de petróleo en cuyo gollete se había introducido una mecha. Levantando el improvisado quinqué por encima de su cabeza el Contralmirante alumbró el camino. Una escalera de caracol se hundía en el suelo, laboriosamente esculpida en el durísimo metal que constituía la masa del planetillo. Al final de la escalera encontraron un pequeño vestíbulo o antecámara, de la cual arrancaba un corredor de dos metros de ancho que conducía directamente a la llamada Cámara de Derrota, especie de planetario en forma de una esfera, desde la cual podían verse iodos los puntos del espacio alrededor del autoplaneta.

José Luis Balmer había estado en este mismo lugar hacía un par de semanas. ¡Cuán lejano parecía aquel día, contemplado a través de los trágicos sucesos que siguieron después!

Fue un sábado. Miguel Ángel le había invitado a pasar aquel fin de semana con su familia. Por primera vez José Luis se sentaba a la mesa del Almirante Mayor y sus ilustres descendientes. Le asignaron una silla junto a Estrella, la hermana de Miguel Ángel. Desde que su amigo se la presentó, durante la ceremonia de fin de curso del año anterior, José Luis Balmer esperaba con ansiedad una oportunidad de verla de nuevo…

Aquel día flotaba un algo especial en el aire. La gente parecía a la vez alegre y excitada. Valera acababa de «anclar» en una órbita de satélite, a la vista de los planetas nahumitas. Después de tan largo viaje para encontrar a los nahumitas, el pueblo valerano contemplaba aquellos mundos con cierto recelo.

Los nahumitas eran una gente extraña. Idénticos en naturaleza a los terrestres, se habían presentado por sorpresa ante los planetas terrícolas, con una poderosa flota, allá por él año 4.328 de la Era de

Cristo. Llegaron con la pretensión de aniquilar a la Bestia Gris o thorbod, criaturas extra galáxicas que aparecieron por primera vez en la Tierra tripulando sus platillos volantes hacia la mitad del siglo XX. Los thorbod llegaron a dominar los planetas terrícolas. Esto ocurrió en el año 2.404, fecha en que el autoplaneta Rayo zarpó de la Tierra para volar cuarenta y dos años a través del espacio hasta descubrir los planetas de Redención. Los thorbod ocuparon la Tierra durante 2.081 años, en que los descendientes de la tripulación del Rayo regresaron en el autoplaneta Valera con un formidable ejército de invasión.

El thorbod, desalojado de la Tierra, ocupaba todavía Marte y Venus cuando los nahumitas se presentaron inopinadamente. Y sin atenerse a razones ni aceptar conversaciones con los valeranos bombardearon los planetas terrícolas. La atmósfera de los tres planetas quedó envenenada de radiactividad. No sólo acabaron los thorbod, sino que asesinaron también a siete mil millones de terrícolas y venusinos.

El brutal comportamiento de los nahumitas en aquella campaña tuvo su réplica oportuna con el total aniquilamiento de su escuadra. Ni un superviviente regresó a Nahum para dar cuenta de lo ocurrido. En cambio facilitaron valiosa información acerca de la situación de sus planetas, de la organización de su Imperio y de su poderío militar. Fue un tremendo error acercarse tanto a los planetas nahumitas. Seguro de su propia fuerza, el Almirante Mayor condujo a Valera hasta treinta millones de kilómetros del más exterior de los planetas nahumitas. Las consecuencias fueron desastrosas. Poco después, un misterioso Rayo Azul caía sobre Valera provocando un apagón general en todo el autoplaneta.

La electricidad era para el autoplaneta lo que la sangre para el ser humano. La electricidad hacía brillar el sol artificial del interior de Valera, impulsaba y dirigía sus formidables defensas de superficie, abría y cerraba las gigantescas esclusas por donde entraban y salían tres millones de aeronaves de combate. Lo que siguió después fue como una pesadilla. Una poderosa escuadra sideral nahumita se presentó ante el autoplaneta, exigiendo del Almirante Mayor la rendición incondicional. ¡Y el «superalmirante» Aznar tuvo que aceptarla! ¿Qué otra cosa podía hacer en aquellas circunstancias, con sus defensas mudas, su Armada Sideral inerme… y los nahumitas amenazando con volar las compuertas de las esclusas?

Bien era cierto que la tripulación de Valera la formaban ochenta millones de habitantes. ¿Pero qué podían hacer los valeranos, armados de fusiles y cuchillos, frente al formidable Ejército Autómata del enemigo? De ningún modo podrían impedir que los nahumitas forzaran las compuertas de los largos túneles que comunicaban el exterior con el interior de Valera. Si esto llegaba a producirse, la atmósfera que mantenía la presión en el mundo interior del planetillo,

escaparía al espacio… ¡ Los valeranos morirían de frío y asfixia, sin que por otra parte su sacrificio sirviera para evitar que Valera cayera en manos de los nahumitas!

Sin embargo, las razones del Almirante Mayor no fueron, comprendidas del todo, o no se comprendieron en absoluto. El teléfono, la radio ni la televisión funcionaban. Tampoco funcionaban los medios de transporte. En estas condiciones, apremiado por las exigencias del enemigo, sin hallarse siquiera presente el pleno del Estado Mayor General, don Jaime Aznar tuvo que tomar su dramática decisión sin previa consulta ni advertencia al pueblo.

La mayoría de los ochenta millones de valeranos tuvieron noticia de lo que ocurría cuando ya los almirantes nahumitas se encontraban en la Sala de Control. El pueblo maldijo a los Aznares. El padre y el abuelo de Miguel Ángel, con los prohombres que les acompañaban en su huida hacia las montañas, fueron reconocidos y linchados a su paso por un campamento militar. Y el propio Miguel Ángel y su hermana Estrella habrían corrido igual suerte, a no seguir los consejos de José Luis y ocultar su identidad.

Como una ráfaga pasaban todos estos recuerdos por la mente de José Luis Balmer mientras seguía a su amigo y al Contralmirante Hernández por el pasillo que conducía a la Cámara de Derrota.

Antes de llegar a la Cámara de Derrota el Contralmirante se detuvo y abrió una puertecilla de acero inoxidable en el muro. Entrando por la puertecilla se encontraron en una gran bóveda excavada en la misma corteza del planetillo. Esta bóveda contenía a la esfera de la Cámara de Derrota, sostenida por una serie de tubos de acero. Un andamio metálico soportaba una serie de plataformas comunicadas por escalerillas, cuya misión era permitir el acceso a las pantallas de televisión que cubrían interiormente las paredes de la Cámara. Por todas partes corrían cables eléctricos, que iban a unirse formando un grueso manojo.

Siguiendo los cables eléctricos penetraron en una galería de un metro de ancho por dos de alto. El suelo de la galería estaba cubierto de planchas de madera.

- ¿Dónde conduce esta galería? -preguntó Miguel Ángel, que seguía de cerca a Hernández.

- En apariencia a ninguna parte. La galería se interrumpe ahí delante. Un pozo conduce los cables hasta la Sala de Control.

El Contralmirante se detuvo, inclinándose para inspeccionar el piso.

- Aquí es. ¿Quiere sostener la botella?

Miguel Ángel tomó la botella de petróleo mientras el Contralmirante sacaba un cortaplumas y se arrodillaba.

Introdujo la fina hoja del cortaplumas en la ranura entre dos planchas de madera y tanteó hasta encontrar algún oculto resorte.

Se escuchó un leve chasquido, y toda una plancha se levantó un palmo por uno de los extremos, empujada por un muelle. Hernández guardó el cortaplumas y levantó la plancha. Apareció un hueco, un pozo estrecho donde los escalones eran barrotes de acero hincados a la pared.

- Es por aquí.

El Contralmirante empezó a bajar por el pozo y luego alargó el brazo para tomar la botella. Miguel Ángel le siguió hasta una galería inferior. Olía mucho a moho y el techo era tan bajo que obligó al joven a inclinar la cabeza.

- Bonita madriguera -murmuró Ángela Balmer detrás de Miguel Ángel-. ¿Dónde conduce esta galería?

- A uno de los túneles del metropolitano. Es una salida de escape secreta -contestó José Luis.

Después de avanzar unos trescientos metros por la galería el Contralmirante se detuvo entregando de nuevo la botella de petróleo con la mecha a Miguel Ángel. Con el cortaplumas en la mano Hernández hurgó en una delgada grieta que iba desde el techo al suelo. Estas grietas eran frecuentes a todo lo largo de las paredes y el techo de la galería y debían su origen a la contracción de la materia que formaba la masa del planetillo al enfriarse.

Como la vez anterior un chasquido anunció la presencia oculta de un resorte.

- Ayúdenme a empujar, la puerta es muy pesada.

La lámpara pasó de mano en mano hasta Ángela Balmer. El Contralmirante, Miguel Ángel y José Luis tuvieron que unir sus fuerzas para abrir una puertecilla que apenas medía sesenta centímetros de ancho.

Detrás de la puerta, sostenida por formidables bisagras de «dedona», veinte metros de galería llevaron al grupo hasta una bóveda donde encontraron un ascensor neumático.

- ¡Un ascensor secreto! -exclamó la teniente Balmer admirada-. ¿A dónde lleva?

- A una esclusa donde nos espera un crucero sideral perfectamente equipado. ¿Qué te parece? -replicó José Luis riéndose.

- ¡Magnífico! Los Aznar no debían sentirse demasiado seguros en su trono, después de todo. Mientras decían confiar en el pueblo se preparaban una salida de escape por si acaso.

- El Capitán Fidel mandó construir estas galerías en los tiempos en que el planetillo se habilitó como autoplaneta -dijo Miguel Ángel secamente-. Ignoro cuál sería su visión del futuro. Pero es el caso que ni la galería ni el crucero se utilizaron jamás.

- ¿Y cuál fue el destino de los obreros que excavaron estos pasadizos? ¿Les asesinaron para que nunca descubrieran el secreto?

- ¡Prima, por favor! -exclamó José Luis-. La ocasión no es la más indicada para hacer chistes. Piensa que gracias a la previsora idea del Capitán Fidel, hoy podemos escapar de esta encerrona.

- Como verán, la bóveda no es suficientemente grande para esconder un millar de personas mientras esperamos a que se restablezca la corriente eléctrica -señaló el Contralmirante Hernández.

- Lo decidiremos por suerte -dijo Miguel Ángel-. Un centenar podrán escapar en el crucero. Los demás saldremos por la galería hasta el túnel del suburbano y nos alejaremos a favor de la oscuridad para huir hacia las montañas.

Miguel Ángel comprobó los manómetros, que indicaban una presión correcta en los depósitos de aire.

- Regresemos -dijo concisamente.

Por el mismo camino regresaron a la Cámara de Derrota, dejando abiertas las dos puertas secretas. Por la escalera de caracol subieron hasta la Sala de Control. El Contralmirante subió al puente de mando y empuñando un megáfono rogó a los controladores y la, tropa que se acercaran al estrado.

Reunidos todos alrededor del «puente de mando» el Contralmirante les explicó la situación. La noticia de que existía un medio de escapar fue acogida con alegría unánime. Hernández les habló también del crucero y de la imposibilidad de llevar a todos en el buque, por lo que habría que efectuar un sorteo.

Un controlador preguntó:

- ¿Qué posibilidades de llegar a alguna parte tendrán los que tomen el buque? ¿A dónde se dirigirán?

- No lo sé. Eso tendrán que decidirlo los que vayan en el buque -contestó el Contralmirante.

- ¿Usted no va a ir?

- Eso depende.

- ¿Depende, de qué?

- En primer lugar, de que la suerte me favorezca. Y en segundo lugar, de que le toque en suerte también al joven Aznar. Si él no va, yo me quedaré con él.

- ¿El que quiera puede marcharse a casa? -preguntó una voz desde la oscuridad.

- Por supuesto. Hay una galena que conduce al túnel del metropolitano. El que quiera puede salir a la ciudad por cualquiera de las estaciones.

- Pues yo me voy a mi casa. Los nahumitas están evacuando a la población. Ocurra lo que ocurra, prefiero estar junto a mi familia cuando nos lleven. De lo contrario ¡quién sabe si los volveré a ver!

En efecto, por aquellos días los nahumitas estaban evacuando a la población de Valera. Para llevar a cabo el transporte de los millones

de valóranos utilizaban los propios navíos de la Armada Sideral Valerana, reunidos en nutridos grupos y guiados hasta los planetas nahumitas por control remoto.

Esta evacuación la llevaban a cabo los nahumitas de un modo anárquico y cruel. Separaban a los ancianos y los niños menores de catorce años y los asesinaban en masa. El resto de la población era conducido como ganado hasta los campos de concentración, de donde salían para ser embarcados y evacuados a los cinco planetas habitados. Dada la vastedad del Imperio de Nahum, eran escasas las probabilidades de que los miembros separados de una misma familia volvieran a encontrarse en alguna parte.

Los controladores eran los mismos que se encontraban allí cuando los almirantes nahumitas vinieron a hacerse cargo de la Sala de Control. A ninguno le había sido permitido regresar a su casa.

Al saber por el Contralmirante que existía una galería por donde poder huir, la inmensa mayoría decidieron regresar a sus hogares para buscar a sus familias. También se marcharon la mitad de los comandos de la teniente Balmer.

El grupo quedó reducido a unos cincuenta «comandos» y unos ochenta controladores de los más jóvenes.

- Bien, ya no es necesario sortear las plazas para el buque -dijo José Luis Balmer tendiendo la mirada sobre la desierta y oscura Sala de Control-. Hemos quedado los justos.

- Vamos todos al restaurante y arramblemos con cuanta comida podamos -dijo Miguel Ángel-. Pueden transcurrir días enteros hasta que los nahumitas retiren su Rayo Azul y se restablezca la corriente.

A su paso por el vestíbulo de la Sala de Control Miguel Ángel y José Luis se acercaron a la formidable cortina de «dedona» que cerraba la entrada. En la oscuridad era perfectamente visible la gran mancha al rojo blanco originada por el calor del taladro que atacaba al metal desde el lado exterior de la cortina.

- Trabajan deprisa -comentó José Luis-. No tardarán mucho en abrir ese agujero.

- Vamos -fue la concisa respuesta de Miguel Ángel. Después de breve conciliábulo habían decidido no tocar nada en la Sala de Control. Bien mirado, cualquier destrucción en los controles no tendría más efectos que entretener por largo tiempo a los equipos de reparación del enemigo. La aeronave y los blindados del Ejército Autómata nahumitas podían operar en el interior de Valera gracias a sus defensas contra el Rayo Azul, lo que les daría ventaja en las operaciones de represión contra las unidades valeranas que todavía ofrecían resistencia en las montañas y los bosques. En consecuencia los valeranos serían los primeros en sufrir las consecuencias de un prolongado período de oscuridad.

Además, en tanto no volviera la energía eléctrica tampoco Miguel Ángel y su grupo podrían escapar por la esclusa secreta.

- Ángela, ordena a tus hombres que recojan sus armaduras y armas -dijo Miguel Ángel a la teniente-. Es un material precioso que todavía puede sernos de utilidad.

El propio Miguel Ángel, su hermana Estrella y José Luis se enfundaron en sus armaduras de cristal mientras los ' controladores empezaban a abandonar la Sala de Control siguiendo al Contralmirante Hernández. Antes de abandonar la sala Miguel Ángel miró en torno.

- ¿Qué ocurre? -le preguntó José Luis.

- Me estaba preguntando si alguna vez volveré a ver esta Sala de Control.

- No pienses en esas cosas -dijo José Luis-. Vamos.

Tomaron la escalera de caracol seguidos de los «comandos» de la teniente Balmer. Luego bajaron por el pozo y siguieron el pasadizo hasta la galería secreta.

- Es una suerte que esta galería tenga otra salida. Los nahumitas creerán que todos escapamos por el túnel del suburbano y no se pararán a examinar estas paredes cuando pasen por aquí -comentó José Luis.

- Esta puerta debe quedar herméticamente cerrada después de que haya entrado el último hombre -dijo Miguel Ángel.

- Yo me encargaré de eso, no pasen cuidado -se responsabilizó un sargento de las Fuerzas Especiales.

Entraron por la galería hasta la bóveda. El ascensor había partido ya para efectuar su primer viaje. El pequeño recinto estaba lleno de hombres y mujeres, y pronto quedó bloqueada también la galería hasta más allá de la puerta secreta. Pero tenían tiempo, los nahumitas todavía tardarían algunas horas en perforar la sólida cortina de «dedona» de la Sala de Control.

El ascensor tardó una hora en regresar. Miguel Ángel y Estrella Aznar, la teniente Balmer y José Luis se metieron en el ascensor junto con otros cincuenta controladores y soldados de ambos sexos. Accionando a mano las válvulas del aire comprimido él ascensor cerró su puerta y se puso en movimiento.

Este ascensor, como todos los que ponían en comunicación el interior de Valera con la superficie exterior, era una esfera pivotante metida en un cilindro que se movía impulsado por el aire comprimido como una bala dentro de un cañón. Al alcanzar aproximadamente la mitad de su recorrido, la esfera volteaba sobre los pivotes en un giro de 180 grados, ya que de no hacerse así los pasajeros, al llegar al final de su viaje, se encontrarían cabeza abajo con relación a la superficie exterior del planetillo.

En circunstancias normales este volteo no era notado por los pasajeros, cuyos pies permanecían pegados al piso gracias a un campo electromagnético que creaba una fuerza de gravedad. Pero ahora no había electricidad, ni por lo tanto un campo magnético. El volteo de la esfera a mitad camino amontonó a unos pasajeros sobre otros. Luego todo volvió a la normalidad. Quince minutos más tarde el ascensor se detenía en una bóveda donde ardía uno de aquellos quinqués de petróleo improvisados con botellas. Una puerta de acero, de cierre hermético, estaba abierta al fondo, ya través del hueco se apreciaba un gran espacio oscuro donde se movían algunas luces.

En efecto, esta puerta conducía directamente a la esclusa donde durante siglos permanecía inmóvil el crucero sideral.

Entrando en el enorme hangar, lo primero que se encontraba uno eran los estabilizadores de cola del buque, que quedaban a cinco o seis metros de altura sobre la cabeza del visitante.

Aunque constantemente mejorados en la parte técnica y electrónica, los «buques» de la Armada Sideral Valerana no habían experimentado modificación en su diseño externo desde que se construyó la primera flota de combate en los tiempos del legendario Capitán Fidel.

Las unidades de la Armada Sideral correspondían a cuatro modelos clásicos; destructores, cruceros de línea y acorazados o navíos de alto bordo. Además estaban los transportes, también llamados alguna vez «portaaviones» o «discos volantes». Los «cazas», mejor conocidos como «zapatillas volantes», eran pequeños aparatos de apoyo de la Infantería armados de cañones y no participaban en los combates siderales.

El crucero que ocupaba el hangar, como todos los de su modelo, adoptaba la forma estilizada de un sollo o esturión de afilada proa y estaba pintado de verde. Aunque cubierto de polvo se veía nuevo. En su costado aparecía pintado un nombre: Montevideo. Las letras y números seguramente correspondían a una denominación arbitraria. Aquel buque no figuraba en la lista de registro de la Armada Sideral Valerana. De fijo existía otro crucero con el mismo nombre en alguna parte.

La escotilla lateral del crucero estaba abierta, colocada la escalerilla de cristal. El buque descansaba en el suelo sobre su vientre, en un hueco excavado exprofesamente en la dura materia que formaba el planetillo. El polvo que cubría la escalerilla parecía indicar que siempre había estado así, con la escotilla abierta, preparado para acoger a la tripulación.

Miguel Aznar subió la fácil escalera seguido de su hermana, de la teniente Ángela Balmer y José Luis. La gente que ' les precedió andaba por todas partes alumbrándose con botellas de petróleo.

El Contralmirante Hernández vino al encuentro del grupo.

- Todo correcto -anunció-. Las despensas están atiborradas de alimentos y el agua parece bien conservada. Eso sí, hay polvo por todas partes en cantidades enormes.

- ¿Ha visto la cámara de derrota?

- No tuve tiempo.

Tres tramos de escaleras de cristal les llevaron a través de otros tantos puentes hasta un corredor en el que abrían las puertas de los camarotes y otras dependencias del buque. Al fondo estaba la cámara de derrota. Las telarañas habían cubierto con sus flotantes celajes los cuadros de instrumentos, los sillones y las pantallas de radar y televisión.

Según se entraba en la cámara de derrota, ocupando todo e! rincón a mano derecha, colgantes telarañas ocultaban a medias un enorme panel sobre una larga consola.

José Luis Balmer se acercó al rincón y apartó con el brazo el velo de telarañas.

- ¡Ey, miren esto! -gritó sobresaltando a su prima Ángela-. ¡Es una emisora transitora!

El Contralmirante y Miguel Ángel se acercaron.

- En efecto, es una emisora transitora -dijo Hernández.

Ángela Balmer se acercó también. Miró llena de curiosidad al aparato, y luego a sus compañeros que habían quedado silenciosos y como pensativos.

- ¿Qué ocurre? -preguntó- ¿Es malo que haya aquí un armatoste como este?

- ¡Malo! -exclamó José Luis soltando una risotada inesperada-. ¡Quita allá! ¿Sabes en qué consiste una emisora transitora? Solamente los buques almirante la llevan. Una emisora transitora sirve para ordenar por control remoto las maniobras de una flota.

- Como las que llevan los coroneles del Ejército en sus esferas blindadas para dirigir los movimientos de las tropas autómatas -asintió Ángela Balmer.

- Exactamente. Sólo que estas tienen un mayor radio de acción.

- Si se trata de eso ya sé qué es una emisora transitora. Lo que no alcanzo a ver, es que importancia tiene para nosotros llevar a bordo ese chisme.

- Le explicaré a usted -dijo el Contralmirante-. Los nahumitas están evacuando a la población de nuestro auto-planeta utilizando los buques de nuestra Armada. Podrían haberlo hecho con nuestros transportes de tropa, pero los nahumitas prefieren hacerlo de este modo, aprovechando que nuestros buques tienen que hacer este viaje para ser reformados en los planetas nahumitas y de este modo pasar a engrosar a la Armada Imperial. Nadie conduce esos buques. La puerta de la cámara de derrota está clausurada y los prisioneros son simples

pasajeros sin posibilidad de interferir en la ruta del buque que los lleva.

- No sé qué tenga eso que ver…

- Espera, Ángela, no seas impaciente -dijo Miguel Ángel-. El Contralmirante Hernández ha tenido una idea. Déjale expresarse a su modo.

- Actualmente estamos despachando a nuestros buques formando grupos de cinco a diez mil, rumbo a los planetas de Nahum. Desde la Sala de Control de Valera, nuestros controladores, bajo la amenaza de las pistolas de los oficiales nahumitas, imparten órdenes a nuestros pilotos autómatas dirigiendo el rumbo de estas pequeñas escuadras. Nuestra mejor oportunidad para salir de aquí y pasar desapercibidos, consiste en agregarnos a uno de esos grupos y volar en su rumbo hasta que nos encontremos a muchos millones de kilómetros de Valera. Ahora bien, tenemos a bordo una emisora de tránsito o transitora. Con ella podríamos apoderarnos de los buques que forman el convoy y dirigirlos por el control remoto hasta cualquier lugar lejos de la vista de los nahumitas.

- ¡ Apoderarnos de una escuadra! -exclamó Ángela Balmer sonriendo-. ¡Vaya no estaría mal! Supongo que además de hacernos con los buques podríamos liberar a los infelices que van prisioneros en ellos.

- Sí.

- ¡Caramba! ¿A que resulta que fue un acierto venir a este viejo buque, en lugar de volver a las montañas?

Los demás se echaron a reír. En los ojos brillantes de Miguel Ángel Aznar, al cruzar la mirada con su amigo José Luis, parecían chisporrotear mil ideas sobre las mil y una posibilidades que les deparaba la suerte.

CAPITULO II

EL RESCATE DE LA FLOTA

Por la posición horizontal del crucero, tendido sobre su vientre en el firme suelo del autoplaneta, se deducía que este no estaba dentro de una esclusa de tipo corriente. Miguel Ángel Aznar suponía que la compuerta de la esclusa se abría en la falda de un montículo, probablemente en la ladera de uno de los cráteres que salpicaban la atormentada cara exterior del planetillo.

Los nahumitas tardaron bastante en cortar la cortina de dedona de la Sala de Control, pero una vez en el interior de esta no perdieron tiempo en retirar su rayo y restablecer la corriente eléctrica. Aunque lentamente Valera se estaba alejando del planeta exterior, y al parecer

los nahumitas tenían prisa en pararlo y hacerlo regresar a su órbita anterior.

Al cabo de dos días de espera, la luz se hizo repentinamente a bordo del crucero Montevideo y los compresores del ascensor se pusieron a funcionar.

Fue un gran alivio para todos. La gente, que ya había efectuado una limpieza superficial en las dependencias del buque, pudo concluirla con los aspiradores. Miguel Ángel Aznar y José Luis Balmer se dirigieron a la sala de máquinas, la cual estaba ocupada en casi su totalidad por el gigantesco reactor nuclear.

El material fisionable que utilizaban los reactores era «dedona 40.000», y este se hallaba muy a mano, pues formaba por entero el recio casco de los buques, de un metro de espesor. De modo que una aeronave de este tipo podía operar durante períodos larguísimos, a condición de ir adelgazando el grosor de su casco.

Todos los fugitivos encontraron fácil acomodo a bordo del Montevideo, a pesar de que este no era propiamente un buque de pasajeros y contaba con un número reducido de camarotes.

Después de esperar un día entero, Miguel Ángel Aznar ordenó cerrar la escotilla. Un impulso de radio puso en acción el mecanismo hidráulico que abría la compuerta. En la pantalla panorámica de televisión, ante Miguel Ángel y José Luis Balmer, brilló un punto de luz que inmediatamente empezó a agrandarse. Las compuertas de Valera funcionaban como el diafragma de una cámara fotográfica. Al quedar abierta la compuerta pudieron escuchar las órdenes que se impartían por radio desde la Sala de Control. Al parecer los nahumitas se disponían a reanudar el interrumpido envío de prisioneros y aeronaves. La espera se prolongó unas horas hasta que de las esclusas de lanzamiento empezaron a salir los buques valeranos. -Bien, ha llegado el momento -murmuró Miguel Ángel. El crucero dejó oír su característico zumbido, se separó del suelo y se elevó dos metros. A continuación, impulsado por cuatro chorros de iones excitados, el buque empezó a moverse lentamente en dirección a la salida.

Tal como había supuesto Miguel Ángel, la esclusa secreta se abría en la pendiente interior de un «circo» de tres kilómetros de diámetro. El buque levantó la proa y en este momento pudieron ver simultáneamente, en la pantalla de televisión y a través del radar, la concentración de aeronaves que se estaba formando en el espacio. Todos los buques eran valeranos.

El Montevideo se elevó hasta integrarse en la concentración, que evolucionaba en torno al planetillo a la espera del resto de la escuadra que todavía estaba saliendo por los tubos.

- Espero que formen un convoy numeroso, cuantos más mejor -dijo José Luis.

El convoy, formado por ocho mil cruceros y destructores, recibió la orden de marcha. Inmediatamente toda la formación abandonó la órbita de satélite y puso proa al sol acelerando continuamente.

Miguel Ángel Aznar dejó a su amigo ante los mandos y se retiró a descansar. Cuando le despertaron horas después Valero era en la lejanía sólo una estrella brillante. El planeta cubierto de hielo, del cual partiera el fatídico Rayo Azul, era igualmente una estrella parpadeante en el negro firmamento. Por delante y a babor se veía un nuevo planeta, el cual estaba siendo examinado por eí Contralmirante Hernández a través del telescopio electrónico.

Finalmente Hernández se apartó del telescopio haciendo una seña a Miguel Ángel.

Llevaban muchas horas de navegación a través del espacio, rodeados de los buques siderales de la Armada Valerana. Valera ni siquiera era visible ya en la lejanía. El planeta cubierto de hielo, del cual partiera el misterioso Rayo Azul, era apenas una parpadeante estrella en mitad del negro espacio. Por delante, y a babor, un nuevo planeta mostrábase a los ojos de Miguel Ángel y sus amigos.

El Contralmirante Hernández estuvo examinando aquel planeta a través del telescopio electrónico, y luego volvióse hacia sus jóvenes compañeros.

- Véalo usted mismo, señor Aznar -dijo-. Ese planeta está totalmente cubierto por las aguas. Miguel Ángel fue a mirar por el telescopio. Pudo ver considerablemente aumentado un planeta, de dimensiones algo mayores que la Tierra, cuya superficie apreciábase completamente cubierta por las aguas. Una tenue neblina envolvía a aquel solitario mundo.

- Creo que ni aún buscándolo encontraríamos un puerto de refugio mejor que este planeta -dijo Miguel Ángel-. A juzgar por su tenue atmósfera es un mundo inhabitable, y también deshabitado a lo que parece. Podríamos apoderarnos del control de la Flota ahora y conducirla hasta ese planeta sepultándola en el fondo de sus mares.

- ¿No queda demasiado cerca de la ruta que siguen nuestros buques cautivos? -preguntó José Luis-. Los nahumitas nos echarán de menos y saldrán en nuestra búsqueda.

- Seguramente lo harán -repuso Miguel Ángel-. Sin embargo, ocho mil cruceros siderales son apenas ocho mil alfileres perdidos en la inmensidad de los mares de ese planeta. Trabajo les damos a los nahumitas si quieren localizarnos a todos uno por uno. ¿No es usted de la misma opinión, Contralmirante?

- Sí. Creo que ese planeta ofrece inmejorables condiciones para escondernos.

- Bien -refunfuñó Ángela Balmer-, ¿En tal caso a qué esperamos?

José Luis dirigió una mueca a su encantadora prima.

- No tan deprisa, prima -dijo-. El autoplaneta tiene todavía bajo su control a esa flota.

- Pero Valera queda muy lejos. ¿O es que hay alguna dificultad para que nos adueñemos del control de esos buques?

- Sólo una -intercedió el Contralmirante-. La verdad es que nosotros no podemos apoderarnos del control de esta flota en tanto, la emisora de radio transitora de Valera no nos lo ceda. Tenga usted presente que si fuera cosa tan sencilla arrebatar el control de una flota, cualquier enemigo podría interferir nuestras ondas y robarnos nuestros buques. No. Nuestro transitor es impotente para arrebatarle a Valera estos buques, en tanto no lo consientan los hombres que mueven los controles desde allá.

Ángela Balmer abrió los brazos en ademán de impotencia.

- ¿Entonces…?

Don Federico Hernández guiñó un ojo.

- ¡Ah! -exclamó-. Pero usted olvida que los hombres que desde Valera controlan estos buques son paisanos nuestros. Las tripulaciones robot de nuestra Armada sólo obedecen a las instrucciones que se les dan en castellano puro. Los nahumitas no hablan español y, al menos por ahora, tienen que servirse de intermediarios terrestres para mantener el control de nuestras unidades. Lo que hemos de hacer ahora es ponernos en contacto por radio con esos muchachos y pedirles por favor que liberen de su transitor a esta flota.

- ¡Hum! ¿Y cree usted que accederán?

- ¡Seguro!

El contralmirante fue a tomar asiento ante la emisora de radio, movió algunas clavijas, tomó el micrófono y empezó a llamar:

- ¡Hola, orbimotor Valera! ¡Contralmirante Hernández a Valera!

Estuvo repitiendo la llamada durante varios minutos, hasta que se escuchó la voz de un operador que contestaba:

- ¡Hola, Contralmirante Hernández! ¡Diga! ¿Desde dónde llama usted? ¡Le oigo como si hablara desde millones de kilómetros de distancia…! ¡Cambio!

El Contralmirante Sonrió.

- No anda usted muy descaminado, muchacho -aseguró ante el micrófono-. Me encuentro a bordo del crucero sideral Montevideo, tan lejos que desde aquí, ni siquiera se ve el orbimotor. Me acompaña el tataranieto de nuestro Superalmirante. Pudimos escapar de la sala de control de Valera en un buque sideral que estaba oculto en una esclusa secreta… ¡Y llevamos a bordo un aparato emisor transitor! ¡Usted debe saber lo que esto significa! Navegamos acompañando a una escuadra de ocho mil cruceros y destructores…, si ustedes abandonaran el control de esta flota por un segundo, ¡sólo por espacio de un segundo!, nuestro transitor se apoderaría de esos buques y

podríamos llevarlos a donde quisiéramos. ¿Ha entendido usted bien? ¡Cambio!

Don Federico apartó el micrófono y se quedó quieto mientras esperaba la respuesta. Esperaron unos minutos sin que el tornavoz diera señales de vida.

- ¡Pues si que le cuesta pensarlo! -refunfuñó Ángela Balmer-. ¿Por qué no contestará ya?

- No es que le cueste decidirse -apuntó José Luis en voz baja junto al oído de su encantadora prima-. Es que estamos a millones de kilómetros de Valera. Ten presente que la luz, con ser tan rápida, tarda casi cuatro segundos en recorrer un millón de kilómetros. Las ondas lanzadas por nuestra emisora tienen que viajar largo rato antes de meterse en el aparato receptor de ese muchacho y llegar a sus oídos. Luego hemos de esperar que nos alcance su respuesta. Ángela Balmer asintió. Después de breve espera llegó la respuesta.

- ¡Hola, contralmirante Hernández! ¡Aquí orbimotor Valera! ¡Le he entendido perfectamente! ¡Voy a cerrar la emisión con ayuda de un compañero! Mientras él llama la atención del nahumita que nos vigila, yo tiraré del interruptor y lo mantendré desconectado por espacio de dos segundos. Tengan ustedes su transitor en marcha para que el cacharro se apodere en el mismo instante de la escuadra. Cuando yo vuelva a conectar, nuestro transitor será impotente para arrebatarles el comando de esos buques… ¡Atención, pongan en marcha su transitor!

El contralmirante hizo una seña a Miguel Ángel… El joven corrió hacia el aparato transitor y lo puso en marcha con rápidos movimientos. Hubo una pausa.

- ¿Listos? -preguntó el lejano operador de radio-. ¡Pues atentos!… ¡Ahora!… ¡Mantengo el interruptor desconectado… dos segundos… ya está! ¡Se la hemos dado con queso a este puerco nahumita! Espero que todo haya salido bien…

Miguel Ángel empuñó el micrófono del aparato transitor, clavó los ojos en una de las pantallas televisoras, en la cual se veía muy próximo un crucero sideral, y ordenó:

- ¡Atención, cruceros JS y destructores DF… timón dos grados a babor!

Por medio de las pantallas de televisión pudieron ver cómo toda la escuadra empezaba a alejarse lenta, pero perceptiblemente.

- ¡Obedecen! -chilló José Luis dando un salto de alegría-. ¡Son nuestros… obedecen a nuestro transitor!

Por espacio de un minuto reinó a bordo una tremenda algarabía. El contralmirante impuso Silencio:

- Nuestro anónimo cómplice todavía está hablando -advirtió.

- … y todos nos alegramos de que Miguel Ángel esté a salvo y en

poder de ocho mil cruceros y destructores siderales. También yo soy un Aznar decía el operador de la sala de control Valera-, aunque él no me conoce, desde luego. Pero dígale que le felicito y también que, a pesar de todo lo ocurrido, los valeranos continúan teniendo fe en los Aznar. No sé adónde se dirigen con esa flota ni quiero que me lo digan, no sea caso que los nahumitas me interroguen. Bástame saber que están en libertad y al frente de nuestra escuadra ¡Ojalá yo estuviera con ustedes! El oficial nahumita viene hacia mí preguntándome con quién hablo. ¡Adiós y buena suerte!

Un chasquido advirtió a los tripulantes del crucero que el operador de radio había cortado la comunicación.

- Valiente muchacho -murmuró el contralmirante-. Que no tenga que pagar con la vida lo que acaba de hacer. Miguel Ángel empuñó el micrófono del aparato transitor y ordenó:

- ¡Atención, copilotos de cruceros JS y destructores DF! ¡Abran las puertas de los compartimentos estancos y de la cámara de derrota!

José Luis se inclinó sobre Estrella.

- Todas las puertas de un buque pueden abrirse automáticamente desde la cámara de derrota -explicó-. Ahora, los prisioneros encerrados en los camarotes podrán llegar hasta la cámara de control.

Miguel Ángel miraba por la pantalla de televisión hacia el crucero sideral más próximo. Como tenía que dirigirse a uno de ellos escogió el que tenía más cerca por ver mejor su cifra.

- ¡Atención, crucero JS-2380! ¡Conecte la pantalla de televisión!

El centro electrónico situado en la cabina de aquel crucero hizo la conexión instantáneamente. En una de las pantallas televisoras que Miguel Ángel tenía enfrente, éste pudo ver el interior de la cabina de aquel crucero. La cabina estaba vacía y la puerta de par en par.

- Ahora veremos aparecer por esa puerta a los prisioneros del buque -pronosticó José Luis Balmer.

Así ocurrió. A través de la pantalla pudieron ver cómo un hombre que vestía el uniforme blanco de las Fuerzas Siderales se asomaba cautelosamente a la cámara de derrota. Detrás del oficial y estirando los cuellos se veían otros hombres y mujeres.

- ¡Pase sin miedo! -gritó Miguel Ángel ante el micrófono-. ¡No hay nadie en la cabina!

Como quiera que la pantalla y el altavoz estuvieran conectados con los del crucero, las palabras de Miguel Ángel debieron retumbar en la cámara vacía de aquel crucero. El capitán de navío que estaba asomado a la puerta dio un respingo de sorpresa. Sus ojos se volvieron hacia la pantalla de televisión y se abrieron de par en par al ver la imagen de Miguel Ángel. Entró en la cabina y fue hasta la pantalla.

- ¿Quién es usted? -preguntó bruscamente.

- ¿Y usted, quién es? -preguntó a su vez Miguel Ángel.

- Perdone, yo… me llamo Enrique Aznar… capitán de navío de la Armada Sideral. No comprendo…

- Mi nombre es Miguel Ángel Aznar y soy el tataranieto del Superalmirante don Jaime Aznar. Me encuentro a bordo de un crucero sideral próximo al que usted ocupa. El contralmirante don Federico Hernández está conmigo. Llevamos un emisor transitor a bordo y con él acabamos de apoderarnos del control de toda esta escuadra que nos acompaña.

- ¡Un emisor transitor! -balbuceó el sorprendido oficial-. No sé si comprendo.

- Bueno-refunfuñó Miguel Ángel-. Un capitán de navío debiera saber lo que es un emisor transitor.

- Sin duda lo sé -tartamudeó el capitán de navío-. Solamente que es todo tan extraño. ¿De veras ha sido usted quien mandó abrir las puertas de nuestro encierro y controla toda nuestra escuadra sideral? ¡Somos libres! ¿No es eso lo que quiere decir? ¡Libres!

Miguel Ángel asintió y a través de la radio llegó hasta el tornavoz de su aparato receptor de radio el clamor de los hombres y mujeres que habían entrado con el capitán de navío en la cámara de derrota del crucero vecino. A través de la pantalla de televisión podían ver a los rescatados brincando de alegría por la cabina del buque. Miguel Ángel cortó la comunicación y la estableció con todos los cruceros y destructores a la vez. Su voz y su imagen llegaron simultáneamente hasta los ocho mil buques que componían aquella escuadra.

El mensaje de Miguel Ángel fue breve y conciso. Explicó en pocas palabras lo ocurrido y añadió:

- Por ahora no hemos formado todavía ningún plan. Volamos rumbo a un planeta nahumita que parece deshabitado. Nos posaremos en el fondo de sus mares y permaneceremos ocultos allí hasta que los nahumitas se cansen de buscarnos y nos den por perdidos. Sería conveniente que uno a uno me radiaran ustedes la lista de los oficiales de la Armada que se encuentran a bordo de estos buques.

Durante dos horas, mientras la escuadra acortaba la distancia que todavía le separaba del planeta, los teleprinters estuvieron funcionando incansablemente, formando una lista de todos los mandos, oficiales y suboficiales especialistas que se encontraban entre los rescatados.

La lista dio un total de dos almirantes, cuatro contralmirantes, cinco vicealmirantes y dos generales de división del Ejército. Los jefes y oficiales de la Armada sumaban tres mil seiscientos setenta y nueve, y los del Ejército dos mil quinientos cincuenta y dos. El total de los rescatados superaba el medio millón de personas.

Cuando la lista estuvo terminada, Miguel Ángel vio que disponía de un selecto cuadro de jefes de la Armada y el Ejército. Teniendo en

cuenta que Miguel Ángel sólo era un cadete de la Academia Astronáutica de San Carlos, el hecho de que los altos jefes de la Armada y el Ejército se pusieran bajo sus órdenes significaba la vuelta de la familia Aznar al prestigio de que siempre disfrutó. Muchos de aquellos hombres podían ser los padres y aún los abuelos de Miguel Ángel. Y sin embargo estaban dispuestos a operar bajo el caudillo más joven que hasta entonces tuviera el pueblo terrícola.

- Nos aproximamos al planeta nahumita -informó Miguel Ángel por radio a todos los buques de su flota-. Vamos a penetrar en la atmósfera. Volaremos a escasa altura sobre el mar y, al tiempo que lo exploramos, los buques irán desperdigándose y sumergiéndose para ir a posarse en el fondo. Nadie debe emerger ni asomar siquiera el extremo de una antena de radio. Cuando tenga necesidad de comunicar con ustedes utilizaré el alfabeto Morse y el sonar. La flota enemiga se dará cuenta de nuestra fuga y vendrá a explorar los mares de este mundo.

De los distintos buques llegó el conforme de sus comandantes. Al terminar, el crucero sideral de Miguel Ángel entraba a poca velocidad en la atmósfera del planeta nahumita. A bordo se experimentó un blando choque, cual si el buque hubiera golpeado sobre una montaña de algodón.

- La atmósfera es tan tenue en este planeta, que ningún ser humano podría respirar aquí -comentó el contralmirante.

- Mucho mejor -dijo Miguel Ángel mientras hacía descender su crucero sobre el mar-. No es probable que en un mundo de atmósfera tan rarificada vayamos a encontrar habitantes.

La vida, en todas sus manifestaciones, parecía efectivamente desterrada de aquel mundo. Volando a mil metros de altura, los exploradores no veían siquiera a un pájaro rompiendo la impresionante monotonía de aquel desolado mar. En algunos puntos, las olas espumajeaban en torno a los arrecifes, cimas de grandes montañas sumergidas sin duda alguna, pero en todo el resto del planeta las olas que cruzaban el dilatado mar podían dar la vuelta completa al globo, sin romper contra ninguna costa.

La escuadra descendió sobre el mar y los navíos fueron separándose de la formación, quedándose atrás y posándose sobre las aguas para sumergirse a continuación. La operación invirtió bastante tiempo y el último de los 8.000 buques fue a sumergirse a más de 2.000 millas del punto donde desapareciera el primero.

- Ahora nos toca a nosotros -murmuró Miguel Ángel echando una mirada en derredor y haciendo descender a su aparato sobre el mar.

Pero en este instante, un Rayo Azul brotó del seno del océano y cayó sobre el crucero envolviéndolo en un fantástico halo color verde azulado.

Los demás apenas tuvieron tiempo de volver las cabezas y ver en la pantalla el misterioso Rayo Azul. Porque las imágenes de la pantalla se desvanecieron rápidamente y, al mismo tiempo, todas las luces de a bordo se apagaron quedando envueltos en profundas tinieblas. En medio de esta oscuridad se escuchó la ronca voz del contralmirante Hernández:

- ¡El Rayo nos roba la electricidad… estamos cayendo!

Miguel Ángel, todavía aturdido por lo inesperado del ataque, sintió como el piso se bamboleaba bajo sus pies y tomaba una rápida inclinación hacia la proa.

CAPITULO III

PRISIONEROS

Caían hacia el mar como un plomo. Una mano de gigante pareció arrancar a Miguel Ángel de su asiento y arrojarle violentamente contra la pared.

En la oscuridad, entre crujidos, chasquidos y golpes, oyó gritar a sus compañeros. Fue a chocar con un hombro contra uno de los tubos que corrían a lo largo de las paredes.

El golpe le produjo un tremendo dolor, pero no perdió el sentido.

Cayó al piso. Una mujer chilló, no sabiendo si era su hermana o Ángela. Lanzó a su vez un grito:

- ¡Estrella! ¡Ángela!

- ¡José Luis! -contestó la voz de Estrella-. ¡José Luis!

- ¡Estoy aquí! -contestó José Luis Balmer.

Poniéndose en pie, Miguel Ángel anduvo tambaleándose sobre el inestable piso. El crucero debía estar bajando vertiginosamente a través de las aguas hacia el fondo submarino. En la oscuridad, Miguel Ángel tropezó con un cuerpo y cayó de bruces. Púsose de rodillas y palpó aquel cuerpo. El tacto le anunció ser el del contralmirante Hernández. Volvió a llamar:

- ¡Ángela… Ángela!

No obtuvo respuesta. Buscó a tientas un bolsillo de su traje, pero todavía iba vestido con la sólida armadura de cristal de la que se sirvieran él y los comandos de Ángela Balmer para asaltar la sala de control del autoplaneta. Entonces se le ocurrió que el contralmirante, que no iba equipado de armadura, podría llevar cerillas en sus bolsillos.

Buscó a tientas sobre el cuerpo del contralmirante. En uno de sus bolsillos encontró una caja dé cerillas. Mientras raspaba un fósforo, el crucero debió llegar al fondo del mar. Se produjo un nuevo y terrible golpe. Toda la nave crujió, se tambaleó y, finalmente, quedó inmóvil.

Miguel Ángel encendió el fósforo. A la luz de la temblorosa llama lo primero que vio fue el cuerpo del contralmirante Hernández tendido a sus pies. Don Federico tenía el rostro cubierto de sangre y los ojos, abiertos de par en par, fijos e inmóviles. La sospecha de que el contralmirante estaba muerto penetró como un estilete en el cerebro de Miguel Ángel. Se inclinó sobre don Federico, le sacudió por un hombro y le llamó:

- ¡Don Federico… don Federico… contésteme, por Dios!

José Luis Balmer se acercó llevando a Estrella asida por un brazo. Soltó a su novia y se arrodilló también junto al contralmirante. Le puso la mano sobre el corazón.

- Está muerto -anunció-. Debió fracturarse la base del cráneo.

Miguel Ángel volvió sus ojos en torno. Antes que la cerilla se apagara entre sus dedos alcanzó a ver a Ángela tendida en un rincón. Encendió otro fósforo con mano temblorosa mientras cruzaba la cabina. El temor a que Ángela hubiera muerto le apretó la garganta.

Inclinóse sobre la muchacha, le incorporó la cabeza y la llamó:

- ¡Ángela! ¡Ángela… muchacha!

La teniente lanzó un gemido y abrió los ojos.

- ¡Gracias a Dios! -murmuró Miguel Ángel arrojando la cerilla apagada. Y llamó a su hermana y a José Luis:

- ¡Ven aquí, Estrella, sostén las cerillas! ¡Tú, José Luis… busca algo por ahí con que hacer luz!

Estrella iluminó la escena con las cerillas. Miguel Ángel incorporó a la muchacha.

- Me duele aquí-gimió Ángela poniendo su mano derecha sobre el brazo izquierdo-. Creo que me partí, el brazo al caer.

Miguel Ángel tomó aquel brazo y la muchacha lanzó un grito de dolor.

- Tendremos que quitarte la armadura-refunfuñó Miguel Ángel. Y alzando la voz gritó: -¡José Luis! ¿Viene o no viene esa luz?

- Acabo de encontrar un par de linternas eléctricas -repuso el muchacho-. Pero deben tener agotadas sus pilas, pues no dan luz.

- Las pilas están perfectamente -masculló Miguel Ángel-. Lo que ocurre es que tenemos todavía sobre nosotros ese maldito Rayo Azul. Aquí, como en Valera, ni siquiera las linternas funcionan… Busca otra cosa… algo capaz de arder.

José Luis rebuscó en una caja de herramientas y extrajo de ella una aceitera. Mientras Estrella alumbraba encendiendo cerilla tras cerilla, José Luis fabricó una mecha retorciendo un pedazo de tela y alistó así un grotesco, pero efectivo candil.

Miguel Ángel le hizo señas de que le alumbrara y dispúsose a quitar la pieza de vidrio que cubría el brazo de Ángela Balmer. Pero en este instante un volcán pareció estallar debajo de la quilla del crucero.

Escuchóse una explosión. El buque fue levantado en vilo y sacudido como una hoja. Los muchachos rodaron nuevamente por el piso lanzando gritos. Apenas el estruendo de la primera explosión habíase ahogado cuando una segunda explosión levantó el buque de proa a popa.I

- ¡Parece como si nos hubieran acertado dos torpedos atómicos! -gritó José Luis.

Una tercera explosión estalló sobre sus mismas cabezas. Los diversos objetos metálicos de la cabina vibraron, los espejos de la pantalla de televisión y del radar se vinieron abajo con estrépito. Uno de los tubos reventó y por él silbó el aire comprimido. Al mismo tiempo, una grieta se abrió en una cañería del techo y por ella cayó sobre los asustados tripulantes un enorme chorro de agua.

- ¡Son torpedos atómicos! -gritó Miguel Ángel poniéndose en pie. Y tirando de Ángela añadió:

- ¡Recoged las escafandras… seguramente tendremos que abandonar el buque!

José Luis trajo la escafandra de su prima y la ajustó al escote de la armadura de ésta. Estrella trajo la suya y la de su hermano. Mientras tanto, el aire comprimido seguía silbando atronadoramente y el agua descendía a cataratas formando un lago de la cámara y un río del pasillo contiguo.

- ¡Vamos… daos prisa! ¡Coge ese candil, José Luis!

Salieron atropelladamente de la cámara de derrota y avanzaron por el pasillo con agua hasta los tobillos. El agua procedente de la cámara descendía formando cascadas por la escalera que conducía al piso inferior.

- ¡Procuraremos alcanzar el de los botes salvavidas! -gritó Miguel Ángel.

Mientras descendían por la escalera podían oír el gorgoteo del agua que invadía el buque. Por otra escalerilla se lanzaron hacia el piso inferior, pero a la mitad del tramo tuvieron que detenerse. El agua, sobre la que flotaban diversos objetos, estaba cubriendo ya aquella planta.

- ¡Atrás… atrás! -gritó Miguel Ángel-. ¡El compartimento está inundado!

Retrocedieron. Al llegar al piso que acababan de abandonar, Miguel Ángel y José Luis cruzaron una mirada de perplejidad a través de los cristales azules que les cubrían la cabeza.

- Debe de haber una escotilla de escape en el piso del quiosco de control -dijo José Luis-. Al menos la hay en todos los cruceros de serie de este tipo.

- Vamos hacia allá -dijo Miguel Ángel sosteniendo a su novia por la cintura.

Volvieron sobre sus pasos chapoteando en el agua, pasaron ante la cámara de control y siguieron adelante hasta llegar a la sólida puerta de un compartimento estanco. Mientras Miguel Ángel sostenía a su novia, José Luis descorrió los pestillos de aquella puerta. La puerta se abrió violentamente, empujada por el agua que llenaba el compartimento contiguo. Una húmeda avalancha salió por allí y barrió a los muchachos arrastrándoles hasta el extremo opuesto del corredor.

En medio de la confusión, la aceitera flotaba milagrosamente sobre las aguas. Estrella la capturó al vuelo y la levantó. Miguel Ángel sacó a Ángela Balmer de debajo del agua y la puso en pie. Una corriente impetuosa salía del compartimento estanco que acababan de abrir. Avanzaron penosamente contra ella, asiéndose a los pasamanos laterales.

Entraron en el compartimento. Al fondo se veía una enorme grieta por la que entraba a borbotones el agua. Junto a la grieta estaba la escotilla de escape. Escuchábanse secos estampidos en algunas partes del enorme buque.

Luchando contra la corriente, Miguel Ángel condujo a sus compañeros hasta la escotilla de escape.

- ¡Asíos a la manivela!-les gritó- ¡No podremos abrir la escotilla en tanto este compartimento no esté completamente anegado!

Estrella Aznar y José Luis Balmer se aferraron a la manivela de la escotilla. Miguel Ángel arrastró consigo a su novia y la sostuvo con un brazo alrededor de la cintura mientras se asía con la mano libre a los hierros de la escotilla.

- Teneos fuerte y manteneos unidos por las manos -avisó José Luis-. Cuando el agua nos cubra por entero no podremos oírnos unos a otros y también quedaremos a oscuras.

- Tú, José Luis. Abrirás la escotilla cuando te dé tres golpes con los nudillos en la escafandra -advirtió Miguel Ángel.

José Luis levantó sobre su cabeza!a aceitera que les servía de candil. El agua continuó subiendo y pronto les cubrió hasta los hombros.

- ¡No os separéis unos de otros! -gritó Miguel Ángel antes de que el agua cubriera su tornavoz.

El nivel subió y el agua les envolvió por completo. El candil brilló todavía unos instantes, hasta que el agua le alcanzó y lo apagó sumiendo a los muchachos en las tinieblas. A partir de ese momento empezaron a respirar del oxígeno almacenado entre las dobles paredes de sus armaduras de cristal.

AI cabo de un rato, cuando consideró que el agua debía haber invadido por entero el compartimento, Miguel Ángel buscó a tientas la escafandra de su amigo y la golpeó con los nudillos tres veces. Al

mismo tiempo apartó a Ángela para que José Luis pudiera abrir.

La negra oscuridad fue rasgada por un segmento de luz cuando José Luis abrió la puerta hacia adentro. Este segmento se convirtió en seguida en un redondel brillante, por el que entró un deslumbrante rayo de luz y, casi al mismo tiempo, unas borrosas figuras humanas se colaron ágilmente por la escotilla.

Lanzando un grito, que murió entre las paredes de su sólida escafandra, Miguel Ángel soltó a su novia y se puso a luchar a brazo partido con los desconocidos invasores. Pero éstos continuaban entrando por la escotilla. Miguel Ángel se debatió impotente entre los brazos de unos hombres que, a la luz que entraba por la escotilla abierta le parecieron equipados con trajes y escafandras de cristal.

La lucha fue breve. Los invasores inmovilizaran a los terrícolas y les sacaron al exterior bajo el brillante haz de un proyector eléctrico que estaba asestado sobre el crucero sideral. Todavía, mientras era conducido a través de las aguas hacia aquel proyector, Miguel Ángel Aznar se debatió inútilmente entre las manos de sus aprehensores. Una sorda cólera le dominaba. Suponía que aquellos hombres eran nahumitas y la certeza de que había vuelto a caer en manos del enemigo le producía una honda amargura. ¡Haber pasado tantas fatigas, haber tenido la suerte de escapar de Valera… y volver a poder de los crueles nahumitas!

Casi inmediatamente, Miguel Ángel se vio introducido, juntamente con sus compañeros y sus aprehensores, en una cámara de forma cuadrangular en cuyo techo brillaba un globo de luz roja. Miguel Ángel comprendió que estaban en una esclusa para la salida y entrada al buque en inmersión. La sólida compuerta por la que acababan de entrar se cerró. Silbó el aire comprimido que expulsaba el agua y en el espacio de dos minutos la cámara fue vaciada. Lo primero que oyó Miguel Ángel al retirarse las aguas fue una sonora maldición de su camarada:

- ¡Demonios coronados… y qué mala pata! ¡Estos son nahumitas, tan cierto como me llamo José Luis Balmer!

Una luz verde sustituyó a la roja. Una puerta se abrió. Los nahumitas o quien quiera que fueran, les empujaron fuera de la esclusa. Los terrícolas se vieron en el interior de un buque, rodeados de un grupo de hombres que tenían fijos en ellos sus oblicuos ojos, abiertos en unas caras verdosas.

- ¡Sopla¡-exclamó José Luis-. ¡Estos no son nahumitas! Aquellas gentes, en efecto, hablaban entre sí en una lengua que no era la áspera y gutural de los nahumitas, sino otra más suave y armoniosa. Sin embargo, al dirigirse a los terrícolas, uno de aquellos hombres utilizó la lengua nahumita:

- ¿Cuántos hombres quedan en vuestro buque? -preguntó.

- Hay allí más de cien hombres, si no se han ahogado.
- Quitadles las escafandras.
Los que habían traído a los prisioneros despojaron a éstos de sus escafandras. Los ojos oblicuos del hombre-verde cayeron sucesivamente sobre los rostros de Estrella Aznar, de Ángela Balmer, de José Luis y de Miguel Ángel.
- Encerradles -ordenó imperiosamente. Y volviéndose hacia los hombres vestidos de cristal ordenó:
- ¡Regresad al buque y comprobad si queda alguien con vida!
Media docena de tripulantes de la nave, todos ellos de ojos oblicuos y tez verdosa, empujaron a los terrícolas a lo largo de un corredor y les metieron dentro de un camarote en el cual se veían seis literas. La puerta se cerró inmediatamente tras ellos.
- ¿Quiénes serán estos tipos? -refunfuñó José Luis mirando hacia la puerta que acababa de cerrarse-. No deben de ser nahumitas, puesto que nos toman a nosotros por tales y han derribado y torpedeado nuestro crucero.
- En Nahum, como en nuestro planeta Tierra, los seres humanos son de varias razas diferentes -dijo Miguel Ángel-. Por lo que sabemos de los prisioneros nahumitas que nuestros antepasados hicieron, Nahum no es en realidad el nombre de un planeta, sino el del Sol alrededor del cual giran los planetas nahumitas. Creo que en cada uno de estos planetas vive una raza de distinto color y rasgos diferentes entre sí. Los que nos han apresado son de raza verde. Sólo falta saber si son amigos o enemigos de los blancos que se apoderaron de nuestro autoplaneta.
Un quejido de Ángela Balmer cortó la conversación. La muchacha, muy pálida, habíase dejado caer en una litera asiéndose el brazo herido. Miguel Ángel se inclinó sobre ella y le quitó la pieza de vidrio que encerraba el brazo roto. El brazo aparecía muy hinchado y presentaba un aspecto muy desagradable. Miguel miró a su alrededor buscando algo con qué entablillarlo, pero no halló nada.
- Tendrás que esperar, querida -murmuró el joven posando su mano sobre los cabellos de la muchacha-. Al menos hasta que vuelvan esos hombres y les pidamos que te atiendan o nos proporcionen medios para atenderte.
Ángela asintió con un gruñido y apartó con brusquedad la cabeza. Miguel Ángel la contempló con el ceño fruncido. Nunca acabaría de comprender el carácter de aquella muchacha, ora orgullosa y fría, ora humilde y amorosa. Tal vez en el corazón de Ángela batallaban de un lado el amor y la admiración que le inspiraban Miguel Ángel y de otro el aborrecimiento que sentía hacia todos los miembros de la familia Aznar. Miguel Ángel sospechó que su novia se avergonzaba de amarle y esta creencia contribuyó, si cabía, a aumentar el malestar que su

nueva y apurada situación le causaba.

Transcurrió una hora. Al cabo de este tiempo se escuchó un sordo zumbido que Hizo vibrar ligeramente el piso y las paredes del camarote. Miguel Ángel y José Luis conocían sobradamente este ruido.

- Zarpamos -murmuró José Luis.

La puerta se abrió entonces dando paso a un hombre verde que entró en el camarote mientras un grupo de siete u ocho hombres quedaban a la expectativa en el pasillo.

- Nuestra compañera está herida -dijo Miguel Ángel señalando a Ángela-. Se rompió un brazo cuando caímos al mar. Os suplicamos que la atendáis o nos proporcionéis medios para hacerlo nosotros.

El nahumita verde lanzó una desdeñosa mirada sobre Ángela.

- ¿Para qué? -gruñó encogiéndose de hombros-. No es probable que viva lo suficiente para sobrevivir al restablecimiento de un brazo roto. Quitaos las armaduras.

Miguel Ángel cruzó con José Luis una mirada recelosa,

- ¡Quitaos las armaduras! -repitió el nahumita con aspereza.

Estrella, Miguel Ángel y José Luis obedecieron desprendiéndose de las diversas piezas. Estas fueron cogidas por los hombres que estaban en el corredor. Estrella y su hermano ayudaron luego a Ángela a quitarse la armadura. Cuando los cuatro estuvieron libres de las corazas, el nahumita verde hizo una seña a los que esperaban fuera. Entraron dos hombres provistos de sendos estuches, los cuales abrieron dejando ver unas agujas hipodérmicas.

- Van a inyectarnos una droga hipnótica para hacernos confesar -farfulló José Luis.

- Ya lo sé -repuso Miguel Ángel.

Los nahumitas prepararon sus inyecciones y pincharon en los arremangados brazos de los terrestres.

- Acostaos -recomendó el nahumita verde-. Estas inyecciones os harán dormir.

Los terrícolas no contestaron y el nahumita salió del camarote seguido de sus ayudantes. La puerta se cerró tras ellos.

- La hemos hecho buena -farfulló José Luis fregoteándose el brazo pinchado-. Ahora nos harán hablar como cotorras.

- Mejor. Así verán que somos enemigos de los nahumitas blancos. Creo que estos hombres verdes sienten pocas simpatías por los que nos han robado el autoplaneta.

- Lobos entre lobos no se muerden -dijo Ángela Balmer.

- Creo que te equivocas, querida -repuso Miguel Ángel-. Por lo que de Nahum sabemos, en esta galaxia se dan cita todas las injusticias y las violencias más desenfrenadas. Tengo entendido que hay aquí una raza dominante, y por lo menos una docena de razas humilladas. Posiblemente hemos venido a caer entre uno de esos pueblos que

desde hace siglos luchan por sacudirse el yugo de los nahumitas blancos.

- Podría ser -murmuró José Luis-. Estos individuos nos derribaron creyéndonos nahumitas. No pueden creer que seamos de otra galaxia, puesto que ignoran siquiera que exista la Tierra.

Mientras tanto, el buque navegaba rápidamente entre dos aguas. En ese momento empezaban a sentir los primeros efectos de la droga hipnótica.

CAPITULO IV

LOS IBAJAY

Lo primero que vio Miguel Ángel al entreabrir los ojos fue el lindo rostro de una mujer que estaba inclinada sobre él. Los recuerdos del terrícola eran nebulosos en aquel instante, y el rostro de la muchacha, de un extraño color verde, se le antojó el de un personaje de fantasía.

- ¿Dónde estoy? -preguntó más bien para sí mismo.

Y el recuerdo de los últimos acontecimientos desfiló rápidamente por su memoria. La llegada al planeta cubierto por las aguas… el misterioso Rayo Azul que derribara al crucero sideral sobre el mar… el descenso a través de las aguas… el abandono del buque, y luego…

Se incorporó de un salto. Un nuevo rostro color verde, de ojos oblicuos, apareció por detrás de la muchacha que le estaba frotando la frente con una pomada de pegajoso perfume. La nueva visión era también una mujer: una mujer de extraordinaria hermosura cuya frente estaba ceñida con una diadema engarzada en piedras preciosas.

- No temas, príncipe de la Tierra -dijo la joven de la diadema-. Te encuentras entre amigos. Yo soy Hida, la reina de los Ibajay.

Miguel Ángel se quedó un momento mirando a la bella aparición con la boca abierta. La dama hizo una seña imperiosa. El terrícola vio entonces que estaba tendido en un canapé, rodeado de un grupo de cuatro preciosas muchachas que ahora se ponían rápidamente en pie para desaparecer en dirección a una puerta que se abría al fondo de la sala.

- Acabas de salir de un sueño hipnótico producido por una droga que te fue administrada poco después de caer prisionero de mis hombres -recordó la reina-. ¿Puedes incorporarte? Ven a la terraza, el aire despejará tu cabeza.

Miguel Ángel se puso lentamente en pie. La cabeza le daba vueltas, de tal forma que apenas si fijó su atención en la espaciosa estancia que atravesaba sobre una mullida y rica alfombra, ni en los raros muebles, al parecer tallados en marfil. Dos escalones le llevaron a la azotea de un edificio que debía ser altísimo, a juzgar por el paisaje de remates

de rascacielos que se dominaba en torno. La azotea había sido convertida en un florido jardín, por entre cuyos parterres zigzagueaba un andén cuyos mosaicos formaban dibujos geométricos llenos de armonía.

Una suave brisa agitaba las exóticas flores de los macizos. Aunque la brisa era tibia pareció despejar completamente la cabeza de Miguel Ángel. Este pensó inmediatamente en su hermana, en Ángela y en José Luis Balmer.

- ¿Dónde están mis compañeros? -interrogó.

- Acabas de salir de un sueño hipnótico producido por una droga que te fue administrada poco después de caer prisionero de mis hombres -recordó la reina-. ¿Puedes incorporarte? Ven a la terraza, el aire despejará tu cabeza.

Miguel Ángel se puso lentamente en pie. La cabeza le daba vueltas, de tal forma que apenas si fijó su atención en la espaciosa estancia que atravesaba sobre una mullida y rica alfombra, ni en los raros muebles, al parecer tallados en marfil. Dos escalones le llevaron a la azotea de un edificio que debía ser altísimo, a juzgar por el paisaje de remates de rascacielos que se dominaba en torno. La azotea había sido convertida en un florido jardín, por entre cuyos parterres zigzagueaba un andén cuyos mosaicos formaban dibujos geométricos llenos de armonía.

Una suave brisa agitaba las exóticas flores de los macizos. Aunque la brisa era tibia pareció despejar completamente la cabeza de Miguel Ángel. Este pensó inmediatamente en su hermana, en Ángela y en José Luis Balmer.

- ¿Dónde están mis compañeros? -interrogó.

- Son atendidos en otras cámaras de palacio -repuso la mujer en idioma nahumita.

- Una de mis compañeras tenía roto el brazo.

- Será curada por mis doctores.

Miguel Ángel quedó unos minutos silencioso y pensativo. La larga túnica de Hida, la reina de los Ibajay, acompañaba con un ligero frufrú los pasos de sus amigos.

- Supongo -dijo Miguel Ángel- que durante nuestro sueño hipnótico, tanto yo como mis compañeros, os hemos dicho quiénes somos, de dónde venimos y cuáles son nuestras intenciones.

- Ciertamente -repuso la hermosa mujer-. Vuestra historia es extraordinaria. A no ser porque os encontrabais bajo los efectos de la droga y no podíais mentir en tales condiciones, hubiera creído que estaba escuchando un cuento fantástico.

Miguel Ángel miró a la reina sonriendo. Esta, a su vez, volvió el rostro para mirarle con una ardiente luz en sus negras y profundas pupilas.

- Esperaba que sucediera esto -aseguró el terrícola-. Sabía que nuestra historia jamás hubiera sido creída relatada en condiciones normales. Por eso no me opuse a que se me inyectara la droga.

- Para ser tan joven eres muy sagaz, Príncipe de la Tierra.

- ¿Por qué me llamas príncipe? No lo soy, creo que también lo habré dicho durante mi sueño.

- Eres el jefe de tu pueblo, ¿no es cierto?

- Sólo de una pequeña fracción -suspiró Miguel Ángel-. Mi pueblo es ahora cautivo de los nahumitas.

- Lo sé todo. Vuestra historia era tan bella que os hemos tenido hablando mientras duró el efecto de la droga.

Miguel Ángel sabía que los efectos de aquella droga solían durar de cinco a seis horas.

- Muchas cosas habremos hablado en ese tiempo -murmuró-. Con toda seguridad nada ha quedado oculto a vuestro conocimiento. Yo, en cambio, lo ignoro todo respecto a vosotros. ¿Sois nuestros amigos o nuestros enemigos?

- La historia de los ibajay es larga, pero se puede resumir en pocas palabras -repuso la joven reina-. Ibajay, nuestro mundo de origen, es uno de los once planetas que giran en torno a Nahum. Varios reyes gobernaban las distintas naciones de Ibajay. Vivíamos felices empeñados en continuar expediciones guerreras de unas naciones contra otras... hasta que llegaron los hombres blancos, que se llamaban a sí mismos nahumitas. Ellos traían una civilización muy adelantada con respecto a la nuestra, poderosas armas de hacer la guerra, una lengua, una cultura y unas costumbres muy distintas a las nuestras. Barrieron cómo barre el viento a las hojas secas a nuestras legiones de lanzas y escudos, y pasamos a ser sus vasallos.

- Me parece haber oído antes de ahora esa historia.

- Es también la historia de los restantes planetas de esta galaxia -repuso rápidamente Hida-. Hasta qué los nahumitas nos visitaron uniendo los planetas con sus líneas regulares de cruceros interestelares, los demás habitantes de este sistema planetario nos ignorábamos unos a otros. Los nahumitas utilizaron los mismos métodos en todos los planetas vecinos. Entraron como dominadores, convirtieron a los soberanos en gobernantes sometidos a un jefe nahumita, nos impusieron su lengua, transformaron nuestras costumbres y nos unieron a la larga cadena de sus esclavos. Durante siglos trabajamos para ellos. Nuestros hombres formaron sus legiones y, naturalmente, algo aprendimos de ellos.

- Es la historia del Universo entero -apuntó Miguel Ángel-. En todas partes, el colonizador deja algo de su cultura y su propia sangre. La colonia se desenvuelve, crece... y finalmente se separa de sus dominadores erigiéndose en Reino o en República independiente.

- En Nahum no ha ocurrido así -aseguró Hida-, Las colonias, Ciertamente, han intentado repetidamente sacudirse el yugo de sus opresores, pero éstos velan constantemente sus armas. Con las legiones de un planeta apagan los ardores bélicos de otro planeta, que a su vez tiene numero sas legiones sirviendo a las órdenes de los oficiales nahumitas en otro planeta ansioso de libertad. Además, el núcleo de las Fuerzas Armadas nahumitas, la flota, está integrada exclusivamente por hombres blancos de la raza dominante. Las tropas terrestres no cuentan para nada cuando existe una flota numerosa que puede hacer desaparecer una ciudad en un abrir y cerrar de ojos e incluso arrasar completamente todo un planeta.

- Comprendo -murmuró Miguel Ángel.

- Yo soy la última descendiente directa de una de las familias reinantes de Ibajay. Ibajay era en realidad nuestra nación, aunque los nahumitas llamen así ahora a todo nuestro viejo mundo. Mi padre consiguió reunir fuerzas numerosas e intentar un golpe de mano contra los dominadores nahumitas. Fracasamos, y como la muerte nos esperaba en Ibajay y no había en los planetas restantes tierra donde poder acogernos, vinimos a refugiarnos con nuestras aeronaves en este planeta sin continentes. Aquí vivimos desde entonces, ocultos bajo el mar, suspirando por nuestro amado Ibajay y decreciendo en número día tras día.

- Los nahumitas ¿nunca han venido a buscaros aquí?

- Nunca. Están demasiado ocupados sofocando y castigando las continuas rebeliones que a cada instante se producen en su vasto Imperio. No. Los nahumitas no nos han molestado, pero en cambio tenemos que estar peleando continuamente contra los oceánides.

- ¿Los oceánides? -preguntó Miguel Ángel lleno de curiosidad e interés-. ¿Quiénes son los oceánides?

- Los habitantes de estos mares.

- ¡Ah! ¿Pero también los mares de este planeta están habitados?

- Desgraciadamente.

- ¿Cómo son los oceánides? Naturalmente, no se tratará de hombres como nosotros.

- ¡No, claro que no! -exclamó Hida despectivamente-. Sin embargo, tienen sus buques sumergibles y sus ciudades submarinas.

Miguel Ángel abrió la boca lleno de estupefacción.

- ¿Dices que no son hombres y poseen bastante inteligencia para fundar ciudades y construir buques submarinos? -interrogó.

- En otros tiempos se dice que eran seres como nosotros. Ahora, sin embargo, respiran como los peces, tienen escamas como los peces… ¡y hasta tienen su tufillo a pescado!

En el acento y las palabras de la reina de los ibajay había un desprecio evidente. Para ella, los oceánides estaban comprendidos

dentro de la categoría de los peces. Pero para Miguel Ángel aquello era altamente interesante. Sin embargo, la hermosa Hida no parecía dispuesta a hablar de los oceánides.

- En tu sueño hipnótico aseguraste haber rescatado a ocho millares de tus buques siderales de combate -dijo clavando en los de Miguel Ángel sus oblicuos y hermosos ojos-. Dijiste también que podrías reunirlos en el momento que quisieras. Miguel Ángel se puso instintivamente en guardia.

- Sí-dijo cautelosamente. Logré rescatar una escuadra de nuestros cruceros y destructores siderales. Ahora están dispersos por este único e inmenso mar.

- Naturalmente, los traerás aquí para unirlos a mi flota.

- Espera, Hida-repuso Miguel Ángel deteniéndose junto a un macizo de grandes flores y mirando a la mujer con gravedad-. A bordo de esos ocho mil buques hay más de medio millón de hombres y mujeres de mi raza que iban camino de la cautividad. Yo les liberé al apoderarme de los buques en que iban prisioneros. Jamás consentiré que vuelvan a ser vasallos de ningún pueblo. Si mis buques vienen a unirse a los tuyos ha de ser en condición de aliados.

- Somos amigos. Os hemos tratado bien y tú eres mi huésped, ¿no es cierto? -interrogó Hida velando sus relampagueantes pupilas con la caída de sus largas pestañas.

- Nos habéis administrado una droga hipnótica para arrancarnos hasta el más pequeño de nuestros secretos; a eso se reduce por ahora vuestra prueba de amistad.

- ¿No es cierto que estás vivo?

- Sí. Muerto no te serviría para nada. No podrías reforzar tu exhausta flota con mis ocho mil buques de combate.

La soberana de los exilados Ibajay contempló al terrícola á través del tamiz de sus pestañas.

- Recién acabáis de llegar aquí -murmuró en un suave ronroneo-. No hubo tiempo para que os hiciéramos otras demostraciones de amistad. ¿Qué prueba quieres que te dé?

- Me gustaría conocer tus intenciones. Por ejemplo, ¿qué te propones hacer con mis ocho mil buques? -interrogó Miguel Ángel.

- En primer lugar llevar a cabo una severa batida contra los oceánides. Su poder y agresividad aumenta de día en día.

- ¿Y luego?

- Establecernos con comodidad en estos mares. Hasta ahora hemos vivido en el interior de estos autoplanetas capturados a los nahumitas. Convendría fijar nuestras ciudades. Sé que hay entre los tuyos hombres sumamente sabios que podrían fabricar poderosas máquinas y aún alimentos en grandes cantidades utilizando solamente la luz del sol. Nosotros tenemos que alimentarnos exclusivamente de algas y

pescado.

Miguel Ángel Aznar miró severamente a la reina de los Ibajay.

- ¿A eso se reducen tus anhelos, Hida? -murmuró-. Siento decirte que me decepcionas.

- ¿Qué más puede desear una reina que la prosperidad y la supervivencia de su pueblo? -preguntó Hida abriendo sus ojos sorprendidos.

- Esperaba que me propusieras unir mi flota a la tuya para reanudar la lucha contra los nahumitas y liberar a los Ibajay.

- ¡Estás loco! -exclamó la joven reina-. ¿Qué íbamos a poder nosotros solos contra los nahumitas?

- No estamos solos, Hida -repuso Miguel Ángel-. Por el contrario, son ellos, los nahumitas, quienes se encuentran solos frente a un mundo que les detesta. Seis planetas viven esclavizados. En todos los planetas dominados por los nahumitas alienta el mismo espíritu de rebeldía. ¿Nunca se os ocurrió unir vuestras fuerzas contra el enemigo común?

- ¡Eso es imposible! En cada planeta habita una raza, diferente. Diferente en color, en idioma, en cultura y en religión…

- La sed de libertad es patrimonio de todos los pueblos del Universo. Este afán allana todas las diferencias raciales. Levanta la bandera de la independencia, Hida, y verás a todos los hombres de todos los colores apiñados a tu alrededor. ¡Nadie será capaz de contener esa ola de odio cuando se vengan abajo los diques que la contienen! Hida miró al terrícola con recelo.

- La droga debe haberte emborrachado -murmuró-. ¡No conoces a los nahumitas si crees que eso es tan fácil de conseguir!

- Precisamente porque los acabo de conocer lo digo. Al llegar a esta galaxia no nos animaba el propósito de hacer la guerra a nadie. Sólo queríamos conoceros y hablaros… Cuando los nahumitas nos redujeron a la impotencia con su Rayo Azul, nos rendimos confiados en sus sentimientos humanitarios. ¿Sabes lo que hicieron apenas se apoderaron del autoplaneta Valeral

- Sí. Separaron a los hombres y mujeres robustos de los niños y los ancianos. Se llevaron a los fuertes como esclavos y echaron a los niños y los ancianos al fuego.

- ¿Crees que si se repitiera la historia se entregarían, los terrestres a los nahumitas? ¡No! ¡Lucharían hasta que no quedará uno solo en pie! ¡Y lo harían todavía si pudieran recuperar las armas que entregaron confiados en la misericordia de esa raza sin entrañas! En lo que respecta a los Ibajay y a los demás pueblos de esta galaxia, no conozco sus reacciones. ¡Pero todas las almas creadas por Dios tienen que sentir igual! Sólo falta que alguien sople sobre los rescoldos de ésta hoguera para que se levanten las llamas que han de aniquilar a los

nahumitas. Es inútil que éstos echen tierra sobre el volcán que ruge bajo sus pies. El volcán estallará una vez u otra devorándolos. ¿Por qué no ahora?

Hida contempló al terrícola con una mirada larga y henchida de admiración.

- Tus palabras son detonantes como la pólvora. Príncipe de la Tierra -murmuró-. Sin embargo no bastarían por sí solas para hacer saltar la fortaleza nahumita. Necesitaríamos hombres diestros, armas y, sobre todo, buques… ¡millares de buques siderales para hacer frente a la Imperial Flota de Nahum!

- Hida-repuso Miguel Ángel con gravedad-. Si esperas a tener una flota y un ejército tan numeroso como el nahumita para salir a pelear, puedes sentarte a esperar pacientemente durante toda la eternidad. No lloverán del cielo. Habría que o instruirlos, y para eso haría falta una formidable industria pesada asentada sobre un planeta fuera del alcance de los nahumitas. Pero todos los planetas están ocupados por nuestros enemigos. Carecemos de medios para alinear una dota sideral capaz de luchar contra la nahumita con ventaja. Hemos de pelear con lo que tenemos. Con nuestro puñado de navíos, con nuestra inteligencia y, si no hay más remedio, con palos… ¡con lo que sea!

Hida sacudió su morena cabecita con pesimismo.

- ¡Nunca podríamos derrotar a los nahumitas sin una flota numerosa! -murmuró.

- En la Tierra, nosotros vencimos a la Bestia Gris a pesar de nuestra inferioridad. Los propios terrícolas lo hicieron casi todo. Se levantaron contra la Bestia el mismo día y a la misma hora y la despedazaron. Creo que aquí podría aplicarse la misma táctica con mayor ventaja. Por muy numerosas que sean las fuerzas armadas nahumitas no pueden cubrir al mismo tiempo seis planetas en los que estalla la rebelión al mismo tiempo.

Hida no contestó. Apoyada de codos sobre el parapeto de la azotea dejaba vagar la misteriosa mirada de sus ojos negros por sobre el bosque de rascacielos que se extendía ante ella, bajo la gigantesca cúpula de cristal.

- Bien-suspiró Miguel Ángel interpretando aquel silencio como una negativa-. De todas formas, yo y mis hombres continuaremos la lucha. Siento no poder traer aquí mis ocho mil buques. Ellos son todo lo que poseo para combatir a los nahumitas.

Hida volvióse y clavó en los ojos de Miguel Ángel sus negras y profundas pupilas.

- Yo sola no puedo decidir acerca de tu proposición, Príncipe de la Tierra -aseguró-. Someteremos tu plan al Consejo. Si mis consejeros deciden que debemos unirnos a vosotros… ¡sea! Combatiremos a los tiranos sea cual fuere el resultado final.

Miguel Ángel Aznar sonrió aliviado.

- Eso está mejor-murmuró-. Y ahora, Hida, te agradecería que me permitieras reunirme con mis compañeros y mi hermana.

- He dispuesto que nos acompañen a la mesa -repuso la joven soberana de los ibajay envolviendo al terrestre en una ardiente y rendida mirada.

CAPITULO V

LOS OCEANIDES

Durante un tiempo que equivalía a cinco días de la Tierra, Miguel Ángel Aznar estuvo muy ocupado vertiendo sobre el papel las múltiples cosas que deseaba decir a los ministros de Hida cuando compareciera ante ellos. En su afán de no dejar ningún resorte por pulsar, el muchacho llevaba destruida una enorme cantidad de papel. Luchaba denodadamente con el idioma nahumita para exponer en términos claros todas cuantas razones se le ocurrían a favor de la continuación de la guerra contra los opresores.

Miguel Ángel encontrábase releyendo lo que acababa de escribir cuando súbitamente entró en su habitación Ángela Balmer. Como invitados de Hida ocupaban las lujosas y amplias habitaciones del ala reservada a los invitados reales. Ángela Balmer, que llevaba su brazo roto sostenido por una rígida armadura metálica, se acercó a su novio por la espalda y leyó en los papeles por encima del hombro. El muchacho, abismado en el análisis de su discurso no se dio cuenta de la presencia de Ángela hasta que ésta habló.

- ¿Todavía borrando y rehaciendo tu discurso?-preguntó burlonamente-. ¡Lástima de tiempo perdido!

Miguel Ángel volvióse con rapidez y la miró con el ceño fruncido.

- ¿Por qué dices eso? -preguntó-. ¿Por qué he de estar perdiendo el tiempo?

- Porque ese relamido discurso tuyo no se pronunciará jamás delante de los ministros de Hida.

- Hida me prometió reunir ai Consejo y hasta influir personalmente para que se aprobara mi proyecto.

Ángela Balmer sonrió desdeñosamente mientras se dejaba caer en un sillón.

- Me maravilla tu ingenuidad, Miguel Ángel -aseguró-. ¿Cuándo vas a comprender que Hida no piensa someter tu plan al juicio de su Consejo, ni mucho menos apoyarlo personalmente?

Miguel Ángel miró severamente a su novia y agitó la cabeza.

- ¡Siempre tan desconfiada! -murmuró-. Si la reina no tiene intención de unir sus fuerzas a las nuestras ¿por qué había de simular

un interés que no siente? Podría decir claramente que no desea meterse en aventuras y dejarnos partir en paz.

- Precisamente por no verte partir es por lo que Hida va dando largas al asunto entreteniéndote con falsas promesas. Eres tú, y no tu descabellado plan de revolucionar esta galaxia, lo que le interesa a ella.

Esta vez, los ojos de Miguel Ángel ya no censuraban solamente, sino que tenían una expresión escandalizada.

- ¿Puedes decirme más claramente lo que estás pensando? -interrogó.

- No te hagas el inocente, Miguel Ángel. Puede que no hayas caído en la cuenta de que Hida no siente el menor deseo de secundar tus planes, pero es imposible que no sepas todavía que ella está encaprichada por tí, puesto que tú demuestras sentirte muy a gusto prosiguiendo este «flirt».

Miguel Ángel enrojeció y descargó un puñetazo sobre la mesa.

- ¡ Ángela! -gritó-. ¿Qué significa esto? ¿Son celos acaso?

- Sí-repuso Ángela-. Desde que llegamos a esta inmunda ciudad ¿qué otra cosa has hecho, aparte de emborronar cuartillas, sino dedicarte a galantear a esa coqueta? ¿Cuántas veces nos hemos visto a solas en estos días? ¿Cuántos minutos hemos pasado juntos? Siempre que pregunto por ti recibo la misma respuesta: «Miguel Ángel está con Hida.» «Hida le llamó.» «Hida y Miguel Ángel han ido a pasear.»

- ¡Ah! -exclamó el muchacho-. ¡Tendré que rendirte cuenta de todos mis pasos!

- No me interesa conocer el número de pasos que das mientras paseas con Hida. En cambio me gustaría saber de qué habláis tanto tiempo.

- Siempre hablamos de lo mismo. Discutimos nuestro plan de campaña…

- ¡Ya! ¡Y mientras habláis de revoluciones os piropeáis con los ojos! ¡No me digas que veo visiones! Todos lo saben. Esa gata de Hida está chiflada por ti. Tú lo sabes, y puesto que te agrada he de entender que ya no me quieres a mí.

- No seas calamidad. Ángela-farfulló Miguel Ángel acercándose a su novia-. Te amo a ti y ni siquiera se me ocurrió nunca reemplazarte con Hida ni ninguna otra mujer. Creo que, estás equivocada respecto a Hida, pero aún si fuera verdad… ¿quieres que te jure que no había percibido nada?

Ángela no contestó. Miguel Ángel se inclinó sobre ella.

- ¿No me crees? -preguntó.

- Sólo tienes que hacer una cosa para convencerme de que me quieres -dijo la muchacha alzando sus pupilas-. Ya llevamos demasiado tiempo en esta, ciudad. Ve ahora mismo al encuentro de

Hida y dile esto: O reúne a su Consejo de ministros en el término de dos horas y se llega a una decisión… o nos marchamos.

- ¡Ángela! -protestó el muchacho-. Sé comprensiva. No podemos echarlo todo a rodar solamente porque tú sientas celos de Hida. Los intereses de nuestro pueblo están por encima de todo egoísmo o antipatía personal. Si acuciamos a Hida o nos marchamos sin aguardar a más echaremos por el suelo nuestras esperanzas de levantar a los pueblos de esta galaxia contra nuestros enemigos. No solamente porque nos interese el triunfo de la justicia, sino porque entre esos pueblos sojuzgados se encuentra también el nuestro. ¿No comprendes?

- ¡Oh, sí, lo comprendo perfectamente! Pero todo tiene su límite. No vamos a estar esperando toda la vida a que Hida reúna a sus cuatro ministros, ni a que éstos deliberen luego si van a asociarse o no a nosotros.

- Diez o doce días no es toda la vida.

- Si permanezco un día más en esta ciudad que huele a pescado y algas empezaré a morder a la gente -repuso Ángela.

- Hay que andar con mucho tiento con la etiqueta palaciega…

- ¡Al diablo la etiqueta! Al fin y al cabo ¿a quién interesa más esta alianza? Los ibajay no deben tener mucho más de una docena de arcaicos buques carcomidos por la herrumbre. Nosotros, en cambio, disponemos de ocho mil buques de línea y más de medio millón de soldados. Debieran ser los ibajay quienes vinieran tras nosotros suplicándonos, en vez de ser nosotros los que buscamos esta alianza.

Miguel Ángel no contestó. Ciertamente, la reina de los ibajay iba dando largas al asunto. Excusándose con la ausencia de parte de sus ministros y asegurando que estaban en camino hacia la ciudad, Hida iba dejando transcurrir el tiempo sin que Miguel Ángel adelantara un solo paso hacia la meta de sus propósitos. Además, no era cierto que sólo hablaran de revoluciones cuando Hida le llamaba a sus aposentos o paseaba con él por el jardín de la azotea. En realidad, lo que menos parecía interesarle a la bella soberana era el futuro de su pueblo, ni mucho menos el pueblo de Miguel Ángel. Este, preocupado como andaba con sus planes de campaña, no había caído en ello ftasta este instante. Pero puesto que Ángela se lo hacía notar, sentía nacer en su conciencia la desagradable impresión de que estaba siendo víctima de un juego.

- Bien -dijo-. Iré a hablar con Hida y pondremos los puntos sobre las «íes». O sellamos nuestra alianza o nos vamos.

- La encontrarás en el patio del piso inferior. Tu hermana y mi primo están también allí mirando a los oceánides.

Miguel Ángel, que ya se disponía a abandonar la estancia, se volvió sorprendido

- Sí-dijo Ángela-. He subido a decírtelo porque sabía que te

interesaría. Parece que hubo una escaramuza entre los buques de los ibajay y los sumergibles oceánides. De resultas del encuentro los ibajay han regresado trayendo prisioneros a una muchacha y a seis hombres-rana. Los tienen en peceras, y los soldados se divierten burlándose de ellos.

- ¿Cómo son? -preguntó Miguel Ángel con curiosidad. Y a continuación añadió con rapidez:

- Bueno, no te molestes en explicármelo. Voy abajo a echarles un vistazo.

Miguel Ángel salió rápidamente de su cámara y anduvo hacia la batería de ascensores. Mientras descendía iba pasando revista a los datos que los oceánides le habían dado. Según éstos, los oceánides eran una raza de seres humanos muy parecidos a los propios ibajay. En otro tiempo, los oceánides habían sido los habitantes de uno de aquellos hermosos planetas que luego dominaron los nahumitas. El éxodo de los oceánides fue todavía más penoso que el de los ibajay. Buscando un puerto de refugio llegaron muchos siglos atrás a este planeta cubierto por los mares y procedieron a alojarse en él con la máxima comodidad.

En vez de habitar en ciudades-concha como los ibajay, los oceánides transformaron sus pulmones en branquias, pasando así a respirar el oxígeno del agua en vez de la atmósfera natural. Miguel Ángel sentía una viva simpatía y curiosidad hacia este desgraciado pueblo, obligado a vivir en las profundidades de aquellos mares tenebrosos. La larga permanencia de los oceánides en el húmedo elemento que habían adoptado acabó por transformarles.

Su naturaleza había reaccionado tendiendo a adaptarse al medio. El cuerpo de los oceánides habíase cubierto de una fina escama plateada que les protegía del contacto con el agua. A la vez, la continua práctica de la natación había ido deformando sus manos y sus pies haciéndolos más planos, más anchos y tendiendo a adquirir la forma de los pies de los palmípedos. Los propios oceánides contribuían a aumentar este parecido con las ranas, injertándose entre los dedos de los pies y manos unas membranas cartilaginosas.

Con los oceánides ocurría una cosa extraordinaria. Como quiera que la adaptación de sus pulmones a la respiración branquial fuera artificiosa, los niños, al nacer, tenían pulmones normales y respiraban aire. Esto quería decir que los recién nacidos tenían que vivir en una campana llena de oxígeno hasta que se les practicaba la hábil operación quirúrgica que les adaptaba a la vida subacuática.

El ascensor se detuvo. Por un amplio corredor lleno de soldados, Miguel Ángel salió a un gran patio interior. Allí estaban los siete oceánides, metidos cada uno de ellos en una gran pecera de cristal. Eran altos y robustos, con los miembros muy desarrollados por el

continuo ejercicio de la natación. Vestían unos maillots ceñidos de escamas verdes, y el resto de sus cuerpos desnudos estaban cubiertos por una fina escama plateada. Solamente las manos, los pies y las cabezas estaban desprovistos de escamas. Los oceánides eran también de raza blanca, pero se cubrían el rostro con una grasa de color amarillo para preservarlo de la acción corrosiva de las aguas.

Había un grupo de ibajays rodeando a las peceras. En su mayor parte eran soldados de la Guardia Real que se burlaban de los movimientos nerviosos de los oceánides dentro de sus peceras. También estaban allí Estrella y José Luis. Algo más apartada se veía a Hida escuchando de sus capitanes el relato del combate que había puesto en sus manos a los prisioneros. Al ver llegar a Miguel Ángel, Hida despidió a los oficiales con un ademán.

- Me has preguntado muchas veces cómo eran los oceánides, príncipe -dijo Hida, que pese a las protestas de Miguel Ángel seguía dando a éste el tratamiento de príncipe-. Míralos, ahí los tienes. Una patrulla de nuestros buques se tropezaron con un sumergible oceánide y lo inmovilizaron con sus rayos azules.

- Realmente, son extraordinarios -murmuró Miguel Ángel contemplando a los cautivos. Y volviéndose hacia la reina le preguntó:

- ¿Qué vais a hacer con ellos?

- Les administraremos una droga hipnótica por si tienen algo interesante que decir. Luego los mataremos.

- Tenía entendido que los oceánides tenían su propia lengua, distinta a la vuestra.

- Así es. Pero como todos los habitantes de esta galaxia hablan también la lengua de los nahumitas. El idioma nahumita no es el suyo ni el nuestro, pero nos entendemos por mediación de él como nos entendemos tú y yo.

Miguel Ángel asintió mientras miraba a uno de los prisioneros.

- ¿Ese oceánide es una mujer? -preguntó sorprendido.

- Sí. Es una muchacha. Ven, acércate y la verás mejor. Hida y Miguel Ángel se abrieron paso por entre los soldados y se detuvieron ente la vasija de vidrio dentro de la cual se movía la muchacha. A través del cristal, Miguel Ángel pudo ver un rostro no desprovisto de belleza, a pesar de la capa de ocre que lo cubría. La muchacha oceánide, de bellas y proporcionadas formas, parecía muy asustada y desasosegada bajo el peso de tantas miradas.

Al acercarse Miguel Ángel acompañando a la reina de los Ibajay, la muchacha oceánide se fijó en ellos y el rostro blanco del terrícola pareció atraer su curiosidad. A través del cristal de la pecera, las negras pupilas del terrestre y las verdes y diáfanas de la oceánide, cruzaron una larga mirada. En la de Miguel Ángel había a la vez curiosidad, simpatía y compasión. En la de la muchacha iba envuelto

el asombro, el miedo y cierta expresión agradecida.

Miguel Ángel sintióse molesto.

- Podemos irnos ya, Hida-masculló-. Vamos. Estos seres desgraciados me inspiran lástima. Hida se echó a reir.

- ¡Bah! -exclamó-No son más que unos repulsivos hombres-rana. ¿Querías hablarme?

Miguel Ángel no contestó mientras se alejaban. Cuando estuvieron a cierta distancia del grupo de soldados y mientras se dirigían hacia el ascensor, volvióse para mirar a la reina.

- Sí, Hida -dijo-, tengo que hablarte. ¿Cuándo vas a reunir a tus ministros?

Hida hizo un gesto de impaciencia. Aquel mismo gesto lo había visto Miguel Ángel muchas veces en su noble anfitriona. Esta poseía un carácter violento y voluble.

- Ya te he dicho que mis ministros están en camino hacia aquí -dijo con aspereza.

- En tal caso, lo siento -dijo Miguel Ángel-. No podemos esperarles por más tiempo. Mis compañeros y yo hemos decidido marcharnos. Te rogamos nos permitas abandonar tu hospitalaria ciudad y que nos proporcionen medios para poder unirnos a nuestra flota.

Aquella petición pareció pillar de sorpresa a la reina.

- ¡Cómo! -exclamó-. ¿Queréis marcharos?

- Ya hemos abusado bastante tiempo de tu hospitalidad, Hida. Y por otra parte, debes comprender nuestra ansiedad al tener en cuenta que mientras nosotros estamos aquí, nuestro pueblo marcha hacia la cautividad o el aniquilamiento. Debemos reunimos con los nuestros y emprender la lucha, contra los nahumitas.

El ascensor se detuvo, las puertas se abrieron y los dos ocupantes lo abandonaron echando a andar por el corredor que llevaba a las habitaciones particulares de Hida.

- Nada puedes hacer por tu pueblo -dijo ésta-. Tu flota puede esperar, y en cuanto a los nahumitas… ¿qué prisa te acucia? Todo el tiempo que tardéis en enfrentaros con ellos es el que os resta de esperanza.

- Sin embargo insisto en que nos permitas reunimos con nuestros buques -dijo Miguel Ángel en el momento que la puerta de la cámara de Hida se cerraba tras sus espaldas.

La reina de los ibajay volvióse hacia Miguel Ángel.

- ¡No os permitiré marchar! -gritó.

- ¡Pero… Hida!

- ¡Repito que no os marcharéis! ¡No quiero que te vayas!

Quedaron frente a frente, mirándose a los ojos. Ella, con pupilas llameantes de ira. El, interrogante y suspicaz. Súbitamente, Hida le asió de un brazo y se acercó a él alzando su hermoso rostro.

- ¿No lo comprendes, príncipe? -preguntó implorante-. ¿Será necesario que te diga que te amo? Miguel Ángel palideció al tiempo que daba un respingo.

- ¡Hida! -exclamó.

- No marcharás, Miguel Ángel. No lo permitiré -dijo la reina con acento apasionado-. Te quedarás a mi lado… serás mi esposo, el rey de los ibajay. Tú reinarás conmigo sobre mi pueblo y serás el jefe supremo de nuestras fuerzas armadas.

- Lo siento, Hida-murmuró Miguel Ángel agitándose con desasosiego-. No creo haberte dado ocasión para que te enamoraras de mí; mas si así fuera, te pido perdón. No pudo ser una acción premeditada, pues mi corazón pertenece ya a otra mujer.

Hida se irguió cual si acabara de recibir una bofetada. Su tez verdosa hízose más oscura. Sus negras pupilas centellearon.

- ¿Amas a otra mujer? -interrogó roncamente-. ¿Por qué no me lo dijiste nunca?

- Nunca hubo ocasión para que habláramos sobre esto. ¿Quién es ella?

- Ángela Balmer, la muchacha que vino conmigo.

- ¿Esa? -interrogó Hida despectivamente-. ¿Cómo puedes amar tú, Príncipe de la Tierra, a una mujer soldado de oscuro nombre, nada hermosa, brusca y desagradable?

- Creo haberte dicho muchas veces que en mi nación no existe distinción de castas. No soy ningún príncipe. Y aunque lo fuera sería lo mismo. En el corazón no se manda.

- ¿El corazón? -repitió ella despectiva-. ¡Qué tontería! Yo te demostraré que puedo arrancar a esa mujer de tu corazón y hacer que penetre en él mi imagen. ¡Tú me amarás a mí, Príncipe de la Tierra! Me amarás a mí porque yo te amo.

- Pero… ¡Hida! -protestó Miguel Ángel-. ¡Esa no es suficiente razón!.

- ¡ Tú me amarás a mí! -chilló Hida-. ¡ Ordenaré que hagan ejecutar a esa mujer!

El corazón de Miguel Ángel dio un vuelco. Palideció.

- No harás eso, Hida -dijo roncamente-. Si la asesinaras no sólo no te amaría jamás, sino que te aborrecería hasta el resto de mis días.

- ¿Y si no la mato, me amarás acaso? -chilló la reina fuera de sí.

- Te guardaré eterna gratitud, Hida.

- ¡No es tu gratitud lo que yo quiero, sino tu amor! -rugió la reina dando una colérica patada en el piso.

Miguel Ángel abrió la boca para desengañar de una vez y para siempre a la reina de los ibajay. Pero la fría y diabólica mirada de Hida le contuvo. Como un rayo penetró en su pensamiento la idea de que no sólo Ángela Balmer, sino también él y hasta su propia hermana

podían morir a manos de aquella mujer enloquecida por el despecho. Hida le lanzó una furiosa mirada y empezó a pasear arriba y abajo de su real estancia como una leona enjaulada. De pronto se detuvo para encararse con el terrícola.

- Escucha bien lo que voy a decirte, Miguel Ángel -chilló con silbante voz-. Te quedarás a mi lado, te casarás conmigo, olvidarás a esa odiosa Ángela Balmer y me amarás solamente a mí… si no quieres ver muertos a tu amigo y a tu hermana. Todos ellos quedarán en libertad para marcharse si tu accedes a amarme.

- ¡Pero Hida! -protestó Miguel Ángel ahogado por la rabia-. El amor no puede imponerse a la fuerza…

- ¡Esa es mi proposición! -cortó Hida secamente-. Te concedo dos horas para que lo medites. Si en ese tiempo no obtengo contestación entenderé que te rebelas y os ordenaré ejecutar a los cuatro… a ti inclusive. ¡Serás mío o de nadie!

Miguel Ángel abrió la boca para protestar.

- ¡Vete! -ordenó Hida con imperio.

Miguel Ángel comprendió que todo su razonamiento era inútil. Abatió los hombros y abandonó las estancias reales sumido en hondas reflexiones.

CAPITULO VI

HIDA

Cuando Miguel Ángel regresó a sus habitaciones, Ángela Balmer, Estrella y José Luis estaban allí comentando el infortunio de los oceánides que habían visto en el patio. El rostro de Miguel Ángel debía expresar suma gravedad y preocupación, por cuanto todos se volvieron a mirarle llenos de curiosidad.

- Ángela nos ha dicho que ibas a poner las cosas en claro con Hida -dijo José Luis-. ¿Qué ha contestado la reina? ¿Va a reunir su Consejo de ministros o nos marchamos?,

- Me dará la respuesta dentro de dos horas -repuso Miguel Ángel ásperamente. Y como sintiera fija sobre él la inquisitiva mirada de Ángela añadió bruscamente:

- Y ahora marchaos de aquí. Tengo… tengo que dejar a punto mi discurso por si el Consejo se reúne en seguida.

- Yo creo que, para lo que va a servir, tu discurso ya está sobradamente relamido -murmuró Ángela.

- ¡No importa! -masculló Miguel Ángel irritado. Y empujándoles a todos hacia la puerta añadió:

- ¡Hala, marchaos de aquí! ¡Dejadme en paz!

Ángela Balmer salió en último lugar, no sin lanzar sobre su novio

una larga y penetrante ojeada. Apenas la puerta se hubo cerrado tras ella, Miguel Ángel fue a echarse en un canapé para clavar los ojos en el techo y entregarse a hondas y amargas reflexiones.

En principio negábase a creer en la amenaza de Hida. No podía concebir que cupiera tanta ceguera y maldad en un corazón humano. Sin embargo, después de haber trabado conocimiento con los habitantes de esta galaxia, temía que la amenaza de Hida no fuera una simple baladronada. Ella hablaba muy en serio al asegurar que mataría a Ángela, a José Luis y a Estrella.

¿Cabía mayor estupidez en la mente de un ser humano? ¿Cómo podía creer que él sería capaz de amarla si cumplía su amenaza? Sin embargo, y por absurdo que esto fuera, la realidad no ofrecía vuelta de hoja. La soberana de los ibajay creía lograr el amor del terrestre utilizando aquel absurdo método. Estaba dominada por la ira y el despecho, y Miguel Ángel temió que aquella loca pusiera en práctica sus amenazas.

Consecuentemente empezó a pensar en la forma de librar a su hermana, a su novia y a su amigo de la iracundia de la despechada reina. La única solución era que él se sometiera entregándose en prenda a cambio de la vida y la libertad de los tres seres que más amaba en el mundo.

Al llegar a este punto de sus reflexiones, Miguel Ángel veíase á sí mismo convertido en esposo de Hida y en rey de los ibajay. Esta sola idea le producía una repugnancia intensa. ¡El, Miguel Ángel Aznar, condenado a vivir junto a una mujer aborrecida, en mitad de una nación extraña lejos de su pueblo y su patria… hundido para siempre en las profundidades de aquel tenebroso mar!

Pero a continuación, Miguel Ángel veía los ensangrentados cadáveres de los seres queridos, y esta visión le erizaba los cabellos de horror. Desde luego, no podía ser tan egoísta que sacrificara la vida de tres personas y la suya propia sólo por no doblegarse a los deseos de una mujer loca. Luego, Miguel Ángel pensaba en los 8.000 buques siderales esparcidos por aquel mismo océano y en el medio millón de hombres y mujeres a bordo de ellos. ¿Qué sería de aquella escuadra si él moría? Los ibajay podrían capturarlos uno tras otro, paralizándoles con su misterioso Rayo Azul. Había que avisar a los comandantes de aquellos buques para que abandonaran inmediatamente este planeta. Si él y los suyos eran ajusticiados, los comandantes valeranos no podrían ser avisados de la amenaza que pendía sobre ellos.

El propio sacrificio hízose evidente ante la conciencia de Miguel Ángel; tenía que acceder a los deseos de Hida para que su hermana, su novia y su amigo se salvaran y, a la vez, pudieran abandonar la ciudad llevando aviso de cuanto ocurría a la escuadra sumergida. Al hablar con Hida no se mencionó a los buques valeranos. Había que aclarar

este punto.

Las dos horas de plazo concedidas por Hida transcurrieron mucho más aprisa de lo que Miguel Ángel hubiera deseado. Unos minutos antes de expirar el plazo fatal, el Joven terrícola volvía a entrar en los aposentos reales. Hida estaba esperándole, al parecer dueña de sus nervios.

Por un instante, Miguel Ángel concibió la absurda esperanza de que ella hubiera cambiado de parecer. Pero a las primeras palabras de Hida se desengañó:

- Puesto que has venido, ¿debo entender que accedes a amarme?

- Sí -repuso Miguel Ángel desalentado-. He meditado y estoy dispuesto a ser tu esposo si garantizas la libertad de mi hermana, de José Luis y de Ángela Balmer.

- Ellos serán dueños de marcharse cuando quieran. Tu hermana y tu amigo, inclusive, pueden quedarse junto a ti si lo desean. Pero Ángela Balmer debe abandonar mi ciudad.

Miguel Ángel Aznar contempló pensativamente a la reina. Esta parecía hablar con sinceridad.

- Falta otra cosa a discutir -dijo Miguel Ángel-. Has de garantizarme también que respetarás a la flota valerana y a todos sus tripulantes. No los atacarás ni intentarás apoderarte de ellos.

Las negras pupilas de Hida centellearon a través de las largas y rizadas pestañas.

- Tus buques deben unirse a mi flota -murmuró-. Tú, como soberano de la nación Ibajay, podrás disponer a la vez de mis buques y continuar mandando los de tu pueblo. ¿No es lógico que sea así, puesto que vas a ser mi esposo?

- No, Hida-contestó Miguel Ángel con firmeza-. La flota sideral valerana no se unirá a la ibajay. Estoy dispuesto a ser tu esposo para salvar la vida de mi hermana y mis amigos, pero ni siquiera por salvar la vida de la santa mujer que me dio el ser permitiría que esos ocho mil buques y sus tripulantes os fueran entregados. La flota sideral valerana debe gozar de plena libertad y autonomía. Esa es mi sentencia irrevocable.

- Está bien -dijo Hida envolviendo al terrícola en una extraña mirada-. Tu flota será libre e independiente. ¿Estás satisfecho?

Miguel Ángel no contestó. ¿Si se sentía satisfecho? En ese instante odiaba mortalmente a la mujer que decía amarle.

- Bien: entonces -dijo Hida- ve a anunciar a tus amigos que abandonarán mi ciudad dentro de una hora. Uno de mis buques sumergibles les conducirá hasta el encuentro de alguna de las unidades de la flota valerana.

Miguel Ángel asintió, abandonó las habitaciones reales y regresó al ala donde él, su hermana y sus compañeros estaban alojados. Oyó

risas en la habitación de Estrella y entró. Los tres muchachos estaban reunidos en torno a una mesa entretenidos en un curioso juego de invención ibajay. Como antes, la extrema gravedad de la expresión de Miguel Ángel dejó fríos y en suspenso a sus amigos.

- Estás muy pálido, Miguel Ángel -dijo Estrella corriendo al encuentro de su hermano- ¿Hay malas noticias?

Miguel Ángel dejóse caer en un sillón y miró uno tras otro a su hermana, a José Luis y a Ángela.

- Hida acaba de proponerme que sea su esposo -dijo lentamente.

Estrella Aznar cruzó una mirada de inteligencia con José Luis.

- Naturalmente, te habrás negado -gruñó José Luis.

- Todo lo contrario -dijo Miguel Ángel haciendo esfuerzos para que su rostro no trasluciera la desesperación que le dominaba-. He aceptado.

- ¡Miguel Ángel! -exclamó Estrella mirando sucesivamente a su hermana y a Ángela. Siguió un largo y embarazoso silencio.

- ¡Pero tú no amas a esa mujer! -exclamó al cabo Estrella.

- Voy a casarme con ella -dijo Miguel Ángel evitando mirar a Ángela-. En cuanto a vosotros, debéis prepararos para abandonar la ciudad. Un buque sumergible os recogerá dentro de una hora para devolveros a nuestra flota.

- ¿Nos expulsan? -interrogó José Luis.

- ¡Oh, no! Podéis quedaros aquí, si ese es vuestro gusto. Pero yo he creído que preferiríais reuniros con vuestra escuadra.

- Desde luego -dijo Ángela Balmer con voz donde temblaban contenidas lágrimas-. Por mi parte no quiero permanecer en esta odiosa ciudad ni un minuto más.

- Yo no me separaré de ti, Miguel Ángel -aseguró Estrella.

- Entonces me quedaré yo también -dijo José Luis.

- No, José Luis -negó Miguel Ángel-. Tú debes abandonar la ciudad y reunirte con nuestras fuerzas. Es preciso que alguien vaya a avisar a los almirantes de lo que ocurre. Tú eres el más indicado. Diles que me quedo a vivir con los ibajay y renuncio al mando de nuestros buques. Y adviérteles que deben abandonar cuanto antes estos mares.

- ¡Pero…!

- Vete -insistió Miguel Ángel-. Si deseas estar junto a Estrella puedes regresar luego que hayas avisado a nuestra escuadra.

José Luis se humedeció los labios con la punta de la lengua. Miró hacia su prima, que en este momento abandonaba la habitación, y luego volvióse hacia su amigo.

- ¡Qué ha pasado entre Ángela y tú? -preguntó.

- Nada.

- ¡Tú la querías!

- ¡Bah!

- ¡Ella te quiere!
- Me olvidará.
- Sabía que Hida estaba encaprichándose por ti, pero nunca pensé que a ti pudiera gustarte, máxime…
- Pues me gusta -cortó Miguel Ángel secamente-. Y no hablemos más de ello.
- Es preciso que hablemos -masculló José Luis-. Ángela es mi prima, después de todo. Si no la amabas ¿por qué le hiciste concebir vanas ilusiones?
- No es a ti a quien debo rendir cuenta de mis actos.
- Ni tampoco a tu conciencia, seguramente. Los enemigos de tu familia siempre insistieron en que los Aznar teníais las tragaderas muy anchas. He de reconocer que esto es verdad, al menos en lo que.a ti concierne. ¿Qué te pasa? ¿No puedes resignarte a ser un príncipe sin corona y te arrojas en brazos de la reina de los ibijay apenas has perdido el prestigio entre los tuyos? ¡Bien! ¡Quédate en mala hora con tus desarrapados ibijay y tu dorado cetro!

Miguel Ángel enrojeció, pero no contestó. José Luis le volvió desdeñosamente la espalda y se encaró con Estrella.
- Te quiero, aunque seas una Aznar -dijo secamente-. Si en verdad me amas debes venir conmigo, Estrella. Jamás regresaré a esta puerca ciudad.

Estrella palideció. La ruptura de su novio con su hermano la colocaba en una situación delicada.

Dé un lado quería a Miguel Ángel. Era cuanto le restaba de su familia y deseaba continuar junto a él. De otro lado amaba a José Luis y no quería perderlo.
- Sabes que no puedo abandonar a Miguel Ángel -balbuceó.
- ¿Por qué no? ¡El ya tiene su reina!

Estrella miró titubeando a su hermano. Los ojos de Miguel Ángel rehuyeron los de Estrella. No quería que la muchacha viera en ellos la angustia que le causaba la posibilidad de perderla.
- No, José Luis -murmuró la muchacha valientemente-. No puedo acompañarte. Miguel Ángel es todo lo que me queda… compréndelo.
- Si me dejas partir ahora solo, no es fácil que volvamos a vernos -advirtió José Luis. La muchacha tardó un momento en responder:
- Aún así me quedo con mi hermano. José Luis abrió los brazos.
- Bien. Tú lo has querido -murmuró. Y girando sobre sus talones abandonó la habitación.

Estrella le vio partir con las lágrimas temblándole en el extremo de las pestañas. Súbitamente corrió a echarse sobre la cama, donde rompió a llorar ahogadamente.

Miguel Ángel la oía llorar e intentaba en vano sacar fuerzas de flaqueza para decir: «Ve con él, Estrella… No le dejes partir solo. No

pierdas tú también al ser amado.» Pero no podía decirlo. Su egoísmo exigía también una parte en el festín de víctimas sacrificadas y apretaba su garganta estrangulándole la voz. Tenía miedo a quedar solo en la inmensidad de su amargura.

Inmóvil, con la mirada perdida en un punto vago del techo, escuchaba los ruidos que Ángela Balmer hacía en la habitación contigua. Al cabo de cierto tiempo oyó la voz de José Luis:

- ¿Vamos ya, prima?

Una puerta se cerró. Se escucharon los pasos de Ángela y de José Luis sofocados por la tupida puerta abierta de la habitación de Estrella sin volverse siquiera. Súbitamente, Estrella saltó del lecho y corrió en persecución de los que partían.

En el pecho de Miguel Ángel, el corazón se encogió de angustia. ¿Se marcharía también Estrella dejándole solo? Oyó las voces que se alejaban y el zumbido del ascensor. Todo quedó envuelto en un denso y profundo silencio. Cada latido del corazón de Miguel Ángel se retardaba con respecto al anterior, pareciendo cada uno de ellos que iba a ser el último.

De pronto, Estrella apareció en el hueco de la puerta, tambaleándose, cubierto el pálido rostro con las manos. Miguel Ángel saltó en pie y corrió a estrecharla entre sus brazos.

- ¡Miguel Ángel… oh, Miguel Ángel! -gimió la muchacha escondiendo su rostro en el hombro de su hermano-. ¡Qué desgraciados somos!

- ¿Por qué no te has marchado con él? -preguntó el joven con voz estrangulada por las lágrimas.

- ¿Crees acaso que me has engañado? -repuso la muchacha-. ¡Sé que no amas a Hida… sé que no puedes amarla porque quieres a Ángela! ¡ Sólo una fuerza muy poderosa ha podido hacerte caer en los brazos de Hida… y yo sé cuál fue! ¡ Te amenazó con matarnos a todos si no accedías a sus deseos!

Miguel Ángel no tuvo fuerzas para protestar.

- Te hubiera dejado si tú amaras a esa odiosa mujer y te casaras con ella por tu gusto -remató la muchacha-. ¡Pero no podía dejarte solo en estas circunstancias… sabiendo que te sacrificabas por todos nosotros! Y lo peor de todo es que he tenido que permitir a Ángela y a José Luis que se marcharan despreciándonos… ¡se hubieran negado a marcharse de saber que tú… que tú…!

- Calla, Estrella, por favor -murmuró Miguel Ángel acariciando la cabecita de su hermana.

Ante sus ojos desfilaban los rostros de todos los Aznares sacrificados por el Destino en el breve espacio de unos días. Primero, su tatarabuelo y su bisabuelo se suicidaban para evitar que el enemigo les arrancara el secreto de la ruta seguida por el autoplaneta para

llegar hasta la galaxia nahumita. Luego, su padre y su abuelo eran muertos y despedazados por una multitud enloquecida. Nada sabía del paradero de su madre y sus abuelas, a quienes suponía condenadas a morir en los gigantescos hornos del autoplaneta. Y ahora él, el último Aznar, caía también arrastrando consigo a su hermana. Aquella extraña ciudad encerrada en una cúpula de cristal, sumergida en el fondo del abismo oceánico, estaba predestinada a ser la cárcel del último Aznar.

CAPITULO VII

EL TORNEO

Arba, la ciudad-concha ibajay, se preparaba para celebrar los esponsales de su reina con el príncipe extranjero. Para tan magno acontecimiento, las otras trece ciudades que en conjunto constituían el Reino submarino de Hida, abandonaron sus habituales anclajes y se aproximaron a Arba.

Miguel Ángel Aznar, en su condición de futuro soberano, pasó revista a estas ciudades, así como a la flota submarina de Ibajay. Las ciudades-concha no eran más que viejos autoplanetas nahumitas, prototipos de los mismos autoplanetas que siglos atrás se presentaron ante el planeta Tierra portando un poderoso ejército expedicionario nahumita.

En su versión original, cada autoplaneta estaba formado por tres piezas -dos medias esferas y un gigantesco disco que ensamblaban entre sí formando un conjunto que adoptaba el aspecto de un artificial planeta Saturno, esto es, de una gran esfera rodeada de un anillo saledizo. Cada autoplaneta tenía una ciudad en cada uno de sus hemisferios, y en el colosal disco volante central que formaba el anillo saledizo se alojaba la dotación de buques siderales de combate.

Los ibajay, durante su retirada, habíanse llevado algunos de estos autoplanetas y los sumergieron en el fondo del océano formando una ciudad de cada una de sus partes. Como quiera que los autoplanetas estaban construidos de «dedona» y equipados con generadores atómicos, cada una de estas ciudades venía a ser a modo de un sumergible gigantesco, con una tripulación de cerca de un millón de habitantes y una guarnición de algunos centenares de buques de combate. Su movilidad les permitía cambiar frecuentemente de emplazamiento, bien fuera para eludir los ataques de los oceánidos o para reunirse y llevar a cabo alguna expedición contra las ciudades de los hombres-rana.

Miguel Ángel visitó aquellas ciudades sorprendiéndose de la negligencia y la anarquía que reinaba en cada una de ellas. Las

ciudades eran sucias, malolientes, y desagradables. En todas imperaba el sello rígido y sombrío de la severa arquitectura nahumita. En Arba, y a costa de formidables esfuerzos, los ibijay habían demolido la antigua ciudad nahumita levantando con los despojos una nueva ciudad al estilo de la civilización ibajay. Por esta causa, porque en ella residía la familia real y porque allí estaban los templos suntuarios de sus extraños dioses, Arba venía a ser para los ibajay lo que la Meca para los árabes.

Pero con aquel esfuerzo, los ibajay parecían haber consumido toda su fuerza creadora. Las ciudades-concha que Miguel Ángel visitó conservaban intacto el aspecto de colmenas de las ciudades nahumitas, hedían a gente amontonada y, en la mayoría de los casos, eran completamente insalubres. El continuo y descuidado uso de las instalaciones nahumitas por manos inexpertas y negligentes, había dado como resultado una caótica deficiencia en los servicios públicos más importantes, tales como alumbrado, calefacción, ventilación y suministro de aguas potables.

En otros aspectos, las ciudades ibajay vivían hacinadas en edificios jamás desinfectados, vestían harapos y se alimentaban mal. La Sanidad brillaba por su ausencia. Un asfixiante tufo a humanidad sucia y a pescado descompuesto saludaba a los visitantes nada más llegar y no les abandonaba hasta la salida. Donde no faltaba luz, faltaba agua. La evacuación de cloacas era la pesadilla de los gobernantes escrupulosos, que eran los menos. Sólo Dios sabía por qué la peste no se colaba en aquellos antros despoblándolos por completo.

Aquellas ciudades impresionaron muy desfavorablemente a Miguel Ángel, quien al compararlas con las limpias, centelleantes y hermosas ciudades del autoplaneta Valera, las veía reducidas a la mísera condición de sucias aldeas.

La cultura de los ibajay se mantenía estacionaria a un nivel muy bajo. Sus costumbres eran las de un pueblo de carácter violento en el ocaso de una civilización que se extinguía sin haber llegado a alcanzar su pleno desarrollo. Obligados por el infortunio a vivir prisioneros de sus frías y oscuras ciudades, sin tierras ni horizontes, los ibajay buscaban una válvula de escape a su carácter brutal en la práctica de deportes violentos y peligrosos en el estadio, y en la frecuente asistencia a las fiestas de sus circos.

Tales diversiones populares no podían faltar en la celebración de ningún acontecimiento nacional, y mucho menos en las bodas de su soberana. En el programa de fiestas que culminaría con el desposorio real, eran muy numerosas las funciones de circo, con promesas de grandes emociones para los asistentes.

Recelando lo que en el circo se ofrecía al insensible público, Miguel Ángel Aznar hizo lo posible para eludir su asistencia.

- ¡Imposible! -exclamó Hida-. Tienes que asistir, al menos en la apertura de los festejos.

El terrícola se sometió como venía sometiéndose a todo, dejándose arrastrar por la corriente que tiraba de él por los extraños caminos que le deparara el destino.

Las calles de Arba, fastuosamente iluminadas, estaban atestadas de muchedumbres que aclamaban el automóvil de su soberano cuando éste se dirigía lentamente hacia el circo. El circo era enorme, de forma oval y capaz para muchos miles de espectadores. El palco real ocupaba una posición privilegiada, cerca de las arenas. Cuando Hida y Miguel Ángel ocuparon sus sillones, el público les aclamó.

- A ti te corresponde abrir los juegos -dijo Hida radiante de belleza y felicidad-. Toma el cetro y golpea con él en el parche de aquel tambor.

Miguel Ángel, fastuosamente vestido de púrpura para aquella solemnidad, tomó el cetro de la joven reina, se puso en mitad de un impresionante silencio y golpeó el tambor. Un redoble de atabales atronó el espacio. Las trompetas soltaron un largo y agudo alarido que coreó la multitud.

Las puertas de la cancha se abrieron de par en par. Una columna de gladiadores salió formada y avanzó hacia el palco real entre los clamores del público. Se detuvieron, saludaron haciendo una reverencia y formaron en dos filas que quedaron mirándose frente a frente. Iban armados de espadas y se protegían con cascos, corazas y escudos.

- Levanta la mano, príncipe -dijo Hida a Miguel Ángel.

El terrícola alzó la diestra. Las dos líneas de gladiadores avanzaron una contra otra y se acometieron con furia. Miguel Ángel miraba sucesivamente a los luchadores y al alborozado público, sorprendiéndose a la vez del ardor inexorable de los que combatían y de la falta de piedad de los espectadores hacia los vencidos que eran cruelmente rematados.

Los gladiadores se retiraron dejando en la arena buen número de cadáveres y en el estómago del terrícola unas espantosas náuseas. Un tractor arrastró y depositó frente al palco real una gran vasija de cristal llena de agua, dentro de la cual agitaba sus robustos tentáculos un pulpo gigante. Los guardas armados del circo llegaron escoltando a un oceánide.

El público acogió al hombre-rana con silbidos e insultos. El oceánide andaba con movimientos torpes y pesados, balanceando grotescamente su cabeza encerrada en un yelmo de cristal lleno de agua.

- ¿Qué os proponéis hacer con ese hombre? -preguntó Miguel Ángel a la reina.

- Va a luchar contra el pulpo.

- ¿Le dejaréis en libertad si sale vencedor?

- ¡Oh, no! Morirá de todos modos. Hemos preparado un número que corre a cargo de los oceánides exclusivamente. Ya lo verás.

El terrícola compadeció al desgraciado oceánide que iba a enfrentarse con el monstruo sin hallar recompensa alguna, aún en el caso de que saliera triunfador. Aunque no había vuelto a verles desde aquel día que fueron llevados prisioneros a Arba, Miguel Ángel sabía por Hida que habían sido interrogados en estado hipnótico. Por su confesión involuntaria sabíase que la muchacha se llamaba Ondina y era una princesa oceánide, hija del rey Tritón II. La joven viajaba en uno de los sumergibles de la flota de su padre cuando éste fue atacado por los buques ibajay.

Miguel Ángel siguió con simpatía los movimientos torpes del hombre-rana mientras trepaba por una escalerilla hasta la boca de la descomunal pecera. El pulpo, al verle a través de las paredes de cristal, agitó sus horribles tentáculos acariciando el vidrio. Al llegar al final de la escalerilla, el oceánide encontró una espada, la cual empuñó con decisión.

- ¿Sabe ese hombre que morirá aunque venza al pulpo? -preguntó Miguel Ángel a la reina.

- Desde luego que no. Si lo supiera tal vez no quisiera luchar. Le hemos prometido la libertad si se deshace del monstruo.

- ¿Y él confía en vuestra palabra?

- ¡Oh, sí! Los oceánides son muy tontos. Entre ellos se da mucha importancia a las promesas.

- También nosotros la damos -refunfuñó Miguel Ángel-. Y no nos tenemos por imbéciles.

- Pues lo sois -repuso Hida riendo-. Ya ves lo que os ocurrió por confiar en las promesas de los nahumitas. Ellos, en vez de respetar las vidas de todo tu pueblo, mataron a los ancianos y a los niños que no les servían para esclavos.

- Tú, naturalmente, apruebas esa política de mentiras.

- Si hay gente tan estúpida que cree en las promesas ¿por qué no engañarla? A ningún nahumita se le ocurriría dar fe a las palabras de un ibajay. Y ni un niño de pecho ibajay creería a un nahumita. El engaño también es un arma de guerra. O si no ¿qué hacen vuestros almirantes cuando se disponen a entrar en batalla? ¿Avisan al enemigo de las maniobras que piensan realizar para que se prevengan contra ellas? ¿O procuran engañarles haciéndoles creer en cosas que no piensan realizar?

- Procuran engañar y confundir al enemigo, claro está -repuso Miguel Ángel-. Pero no le remiten un escrito jurando que harán esto o lo de más allá. Dejan simplemente que el enemigo se equivoque en sus

juicios. Por lo demás, incluso en una guerra, los terrícolas cumplen la palabra dada.

- Es un defecto que debes procurar corregirte, Príncipe de la Tierra-dijo Hida-. Nuestras costumbres son distintas a las vuestras.

Miguel Ángel no contestó. No era la primera vez que su futura esposa le recomendaba la conveniencia de reformar sus principios ajustándolos a la norma moral de los ibajay.

Calló y siguió lleno de interés los movimientos del oceánide. Este se erguía en lo alto de la pecera. Empuñó su espada, levantó la tapa de cristal y se dejó caer por el agujero zambulléndose en las aguas donde se movía el pulpo.

Apenas aquel hombre entró en el líquido elemento pareció transformarse. Sus movimientos, lentos y torpes cuando se encontraba fuera del agua, eran ahora ágiles y llenos de gracia. Miguel Ángel le vio quitarse el yelmo de cristal, que se fue al fondo. El pulpo clavó sus malévolos ojos en el oceánide y alargó uno de sus robustos tentáculos con rapidez. Con sorprendente agilidad, el oceánide esquivó la presa y asestó un mandoble con su espada. El tentáculo quedó tronchado como una rama seca y el público dejó escapar un fiero gruñido.

Miguel Ángel deseó con toda su alma que el bravo hombre-rana saliera vencedor. Casi estaba seguro de esta victoria del hombre sobre la bestia, apoyando su creencia en la circunstancia de que el oceánide se movía ahora en un elemento que, pese a ser de adopción, dominaba con destreza extraordinaria.

El pulpo atacó enfurecido, envolviendo al oceánide con sus sinuosos y amenazadores tentáculos. El hombre-rana nadaba como un tiburón, ora esquivando, ora atacando con la espada en alto. Otros dos tentáculos le fueron mutilados al pulpo. La lucha tenía en suspenso a los millares de espectadores que cubrían las gradas. Diríase que, pese al desprecio que los ibajay sentían hacia los oceánides, reconocían a su pesar el valor y la destreza del hombre en su lucha mortal con el monstruo marino. La misma Hida tenía sus ojos clavados en el oceánide y contenía la respiración cuando éste desaparecía entre los tentáculos del pulpo. La lucha terminó bruscamente cuando el oceánide rajó con su afilado acero el repulsivo cuerpo del monstruo.

Escuchóse un formidable suspiro salido de la multitud. Esta rompió a gritar y aplaudir. No celebraba la victoria del valiente oceánide, sino la originalidad del duelo que acababan de presenciar. El hombre-rana descendió hasta el fondo de la descomunal pecera para recoger su yelmo y encasquetárselo. Luego salió de la pecera y descendió por la escalerilla hasta la arena del circo. Sus movimientos volvían a ser torpes y pesados. La guardia del circo se lo llevó. El tractor volvió a arrastrar la vasija de cristal sacándola de la palestra.

Para que todo no fuera tragedia en el circo, una tropa de payasos

apareció y ejecutó una pantomima cerca del graderío. Miguel Ángel Aznar empezó a sentir aburrimiento cuando los acróbatas se retiraron. Inmediatamente sonaron las trompetas. El público lanzó un rugido de entusiasmo. Iba a tener lugar el número más sensacional de la jornada.

La guardia del circo reapareció llevando a los siete oceánides prisioneros, entre ellos a la princesa Ondina, y también a otra mujer de raza verde que llevaba la cabeza cubierta con un capuchón negro. Miguel Ángel se preguntó intranquilo qué nuevo barbarismo iba a presenciar. Los soldados amargaron a las mujeres a sendos pilones de piedra que se levantaban no lejos del palco real.

- ¿Qué vais a hacer con esos desdichados? -preguntó Miguel Ángel volviéndose hacia Hida.

- Ya lo ves. Las muchachas están siendo atadas a los pilones. Observa cómo la guardia entrega espadas a los oceánides. Ahora serán soltados tres tigres de Hagapur. Los oceánides defenderán a su princesa de la acometida de las fieras.

- ¿Y quién defenderá a la mujer del capuchón? -interrogó el joven.

Hida se echó a reir.

- ¿Esa? -preguntó-. Los oceánides la protegerán si quieren, lo que no es probable. Bastante tendrán con proteger a su princesa.

Miguel Ángel volvió los ojos a la palestra. Las muchachas estaban ya amarradas a los pilones y los oceánides armados de espadas. La guardia se retiró dejándolos solos.

Sonó un toque de clarín. Una puerta se abrió enfrente del palco real y por ella salieron disparadas tres fieras de gran tamaño, de cuyas frentes sobresalía un afilado cuerno. Soltando un fiero rugido los tigres corrieron hasta el pequeño grupo de personas que estaban en mitad de la palestra. Los oceánides se aprestaron a la defensa rodeando a las dos muchachas llenos de heroica resolución.

Miguel Ángel temía por el final de esta lucha. Los oceánides se movían muy bien entre dos aguas, pero sobre la arena del circo parecían torpes y pesados. Los tres tigres de Hagapur acometieron arrollando de la primera embestida a dos de los hombres-rana. Un grito se alzó de la multitud que llenaba el graderío.

Empezó la lucha. Los oceánides, formando parejas, defendían a las muchachas de los tigres con sus espadas. Pero tal y como supusiera Miguel Ángel, eran demasiado torpes en la esgrima terrestre. Las fieras poseían, en cambio, una extraordinaria fuerza y agilidad. Con los cabellos erizados de horror. Miguel Ángel vio a uno de los oceánides caer despedazado bajo un tigre.

El equilibrio de fuerzas quedó roto al instante. La misma fiera ensartó a otro oceánide en su cuerno y lo lanzó por lo alto entre el regocijo de los espectadores.

Los oceánides habían conseguido herir a uno de los tigres. La fiera, enloquecida por el dolor, arremetió contra los hombres-rana, derribó a uno de ellos y se dirigió hacia la princesa Ondina. Los hombres-rana le persiguieron con ánimos de cortarle el paso. Pero entonces el tigre se revolvió y destrozó la cara de otro oceánide de un tremendo zarpazo.

Mientras tanto, la fiera que había quedado sin contrincante se aproximó al pilón donde estaba amarrada la mujer encapuchada. Esta debió presentir la proximidad de la fiera e hizo desesperados intentos por librarse de las ligaduras. El tigre la olfateó entre un escalofrío de la multitud. De pronto levantó una de sus terribles garras y arrebató de un manotazo el negro capuchón que cubría la cabeza de la mujer. El mismo zarpazo abrió casi en canal el pecho de la desgraciada. El capuchón cayó y debajo de él apareció un rostro blanco.

Miguel Ángel saltó en pie sintiendo el corazón paralizado de terror. Desde que los oceánides y la mujer del capuchón fueron sacados por la guardia a la palestra trataba de recordar dónde había visto antes de ahora aquella silueta que le resultaba vagamente familiar. Lanzó un grito de infinita sorpresa:

- ¡Ángela!

La distancia que le separaba de la muchacha era regular. Miguel Ángel no podía distinguir bien sus facciones, pero aquel rostro era blanco. Por lo demás, el terrícola tenía la íntima convicción de que aquella mujer era Ángela Balmer.

Lanzando un rugido de rabia saltó la barandilla del palco real y cayó sobre las arenas del circo desde tres metros de altura.

- ¡Detenedle! -oyó gritar a la reina.

Miguel Ángel se puso en pie y corrió hacia el lugar donde se desarrollaba la singular contienda. Los millares de espectadores dejaron escapar un grito de asombro. Las purpúreas vestiduras del terrestre parecían desde las gradas una llama corriendo con la velocidad del viento en auxilio de la mujer del capuchón.

Sin dejar de correr, Miguel Ángel recogió del suelo la espada de un oceánide muerto y se dirigió contra el tigre de Hagapur. Este, que se disponía á rematar a su víctima de una cornada, se volvió atraído por el vivo color de los vestidos y la capa de Miguel Ángel.

El circo parecía venirse abajo cuando el hombre y la fiera quedaron un instante inmóviles, contemplándose con mutua fiereza. El tigre de Hagapur, con el vientre sobre la arena, se arrastró enseñando sus afilados colmillos. Miguel Ángel se arrancó la capa de los hombros y la tiró contra la cabeza del tigre. Este la atrapó en el aire con una de sus zarpas y la hizo pedazos entre sus dientes. El terrícola dio dos pasos adelante y dejó caer su espada sobre la cabeza del animal. La punta del afilado acero hizo saltar uno de los ojos del tigre…

La fiera abandonó la capa y dio un ágil salto en el aire cayendo

sobre el terrícola. Los dos rodaron por la arena confundidos, en mortal abrazo. La espada de Miguel Ángel se hundió profundamente en el costado de la bestia. Esta soltó un formidable rugido y abrió sus garras dejando escapar a su presa. El público lanzó un ensordecedor alarido al ver ponerse en pie al Príncipe de la Tierra.

Miguel Ángel miró rápidamente en torno. Vio entonces que los oceánides acababan de dar muerte a otro de los tigres. El tercero, cerca del pilón al cual estaba amarrada Ondina, enseñaba sus afilados colmillos al único hombre-rana superviviente. El oceánide era el último obstáculo interpuesto entre la fiera y la princesa Ondina. Mientras Miguel Ángel dudaba entre correr en auxilio de Ángela o en el de aquel bravo hombre-rana, el último de los tigres acometió dando un salto formidable sobre el oceánide, al cual abrió el costado de un feroz zarpazo.

Ondina chilló y el público coreó un grito de angustia con un rugido de placer. Miguel Ángel no esperó más. Dos brincos bastaron para llevarlo ante Ondina y cubrirla con su pecho. El tigre de Hagapur volteó en el aire al hombre-rana y luego se lanzó impetuosamente contra el terrícola.

El tigre cayó encima de Miguel Ángel. Pero éste había prevenido el salto y puesto ante su propio pecho el puño de la corta espada. Al caer al suelo, el tigre de Hagapur se clavó la espada profundamente en el corazón. Un chorro de sangre caliente cayó sobre el rostro de Miguel Ángel Aznar. El descomunal cuerpo de la fiera estaba sobre él abrumándole con su peso. El joven terrícola para escurrirse de debajo de la montaña de carne moteada y ponerse en píe tuvo que hacer un poderoso esfuerzo.

Los millares de ibajay que llevaban los grádenos rugieron atronando el aire. Miguel Ángel Aznar se volvió contra la princesa, recogió la espada del ultimó oceánide despedazado y cortó de un tajo las ligaduras de la muchacha. Esta clavó por un segundo en los de Miguel sus ojos llenos de pánico, de asombro y de agradecimiento, El terrícola ni siquiera advirtió aquella mirada.

Con el corazón encogido de angustia salvó a la carrera la distancia que le separaba de Ángela Balmer y cortó las ligaduras de ésta a golpes de espada. Todo el pecho de la joven era una horrible herida de la que manaba abundante sangre. Tenía la cabeza inclinada sobre un hombro y los brazos de Miguel Ángel tuvieron que sostenerla para que no cayera a tierra.

- ¡Ángela… Ángela! -llamó Miguel Ángel con voz rota.

La muchacha había perdido el sentido. Un grupo de guardias corría tras ellos. Miguel Ángel tomó a su novia en brazos y avanzó hasta detenerse bajo el palco real. Hida, con la tez olivácea y los ojos centelleantes de ira, les miró puesta en pie. Miguel Ángel apenas si la

veía a través del velo de lágrimas que cubría sus ojos.

- ¡Hida… maldita! -gritó en lengua nahumita- ¡Eres una infame embustera! ¡Me prometiste respetar la vida de esta mujer! ¿Y qué has hecho malvada? ¡Nunca! ¡Nunca podré perdonarte esta infamia! ¡ Jamás seré tu esposo! ¡Puedes ordenar ahora mismo a tus verdugos que me maten! ¡Prefiero mil veces la muerte a volverme a sentar junto a un ser tan vil y repulsivo como tú!

- ¡Prendedle! -gritó la reina a la guardia. Y dirigiéndose hacia Miguel Ángel bramó:

- ¡Yo doblegaré tu orgullo, maldito terrestre! ¡Te haré maldecir mil veces haber nacido! ¡Y habrás de caer rendido a mis pies!

- ¡Nunca! -chilló Miguel Ángel fuera de sí-. ¡Nunca!

Apenas si supo lo que ocurría después. La guardia le rodeó y le arrebataron el cuerpo de Ángela tras una breve lucha. Se vio andando en pos de los soldados que llevaban el exánime cuerpo de Ángela.

Junto a él, la princesa Ondina andaba con su peculiar torpeza con la mirada clavada en el suelo. Se vio bajando una rampa… pasando un corredor y entrando en una lóbrega sala. Un hombre corrió hacia él llamándolo:

- ¡Miguel Ángel!

Era José Luis Balmer.

CAPITULO VIII

DUELO A MUERTE

Los soldados depositaron el cuerpo de Ángela Balmer sobre las frías losas del suelo. Miguel Ángel y José Luis se arrodillaron junto a la muchacha. Tenían como todos los oficiales de la Armada Sideral bastantes conocimientos médicos para comprender que Ángela no tenía salvación posible. La garra del tigre habíale abierto el pecho desde la garganta a la cintura. La sangre manaba copiosamente por la horrenda herida e iba a formar un charquito bajo el cuerpo de la muchacha.

La frialdad de las losas debió reanimar a Ángela Balmer. Abrió sus hermosos ojos y los clavó en los de Miguel Ángel.

- ;… Miguel Ángel! -murmuró con voz débil. Y tras una breve pausa, durante la cual pareció fijar sus recuerdos, añadió:

- Te vi saltar de aquel palco y salir al encuentro de las fieras antes que perdiera el sentido… Tú estabas allí con Hida…

Sí, Ángela -murmuró Miguel Ángel roncamente-. Yo estaba junto a Hida presenciando a mi pesar aquella horrible escena. No podía imaginar que fueras tú la mujer del capuchón. La reina me había prometido no tocar ni uno de tus cabellos… ¡La maldita! ¡No seré su

marido aunque me arranque la piel a tiras!

- Solo se muere una vez, muchacho -sonrió Ángela Balmer-. Esta vez me toca a mí.

Miguel Ángel no contestó. No se atrevía a decirle la verdad, ni consideraba cristiano ocultarle su verdadera gravedad.

- Había de llegar -suspiró Ángela-. Al fin me cabe el consuelo de saber que no traicionaste a tus amigos y corriste en mi auxilio al verme en peligro. Sólo cuando los esbirros de Hida nos encerraron a José Luis y a mí, comprendí la razón de que accedieras a casarte con ella. Hida te amenazó con matarme si no te casabas con ella…

- Sí, Ángela -murmuró Miguel Ángel con voz estrangulada por las lágrimas-. Fui un idiota al fiarme dé la palabra de esa malvada. Ella te odia. Te odia porque le dije que te amaba. Y no le bastó alejarte de mí y retenerme a su lado… ¡tenía que matarte!

- ¡Pobre querido mío! -sonrió dulcemente la moribunda buscando a tientas la mano de Miguel Ángel-. Te sacrificaste por mí… ¡y yo te pagué con mi desprecio! ¡Debo agradecer a Dios esta oportunidad de verte por última vez y pedirte perdón!

- ¡Calla, Ángela… por favor! -murmuró Miguel Ángel haciendo esfuerzos por contener sus lágrimas-. La estrella de la familia Aznar es evidente que se apaga. Debe de estar escrito que todos nosotros nos sacrifiquemos por los que amamos y que nuestra renuncia resulte estéril. Creí que al menos vosotros os salvaríais… y también nuestra escuadra.

- ¡La escuadra! -exclamó José Luis Balmer-. Siento tener que decírtelo, Miguel Ángel. Los esbirros de Hida volvieron a administrarnos una droga hipnótica. Temo que nos hayan hecho detallar el sistema por el cual debíamos ponernos en contacto con nuestros buques. Seguramente, valiéndose del alfabeto Morse y el castellano, los ibajay engañarán a nuestros almirantes.

Miguel Ángel acogió esta nueva desgracia con extraña indiferencia. Una profunda frialdad invadía su corazón. Incluso enfrentaba con serenidad la inminente muerte de la mujer amada, tal vez porque tenía la convicción de que él mismo no tardaría en reunirse con los seres amados en el misterioso allá que principiaba tras los umbrales de la muerte. Casi se alegraba que fuera así. Al fin podría descansar tras aquella pesadilla.

Ángela Balmer dejó escapar un débil quejido. A un tiempo, Miguel Ángel y José Luis se inclinaron sobre ella.

- Esto se acaba, muchachos… -murmuró la valiente joven.

Una voz conocida restalló como un látigo a espaldas de Miguel Ángel.

- ¡Separadles! ¡Coged a la muchacha y arrojadla a los tiburones!

Era Hida, la reina de los ibajay que acababa de irrumpir en el

sótano seguida de un grupo de sus ministros y oficiales. Miguel se incorporó y volvióse para mirarla con odio.

- Nadie tocará a esta muchacha -aseguró-. ¡ Tendréis que pasar por encima de mi cadáver!

Hida hizo una imperiosa seña a los soldados. Estos se arrojaron sobre Miguel Ángel y José Luis trabándose al punto una feroz y corta lucha que dejó a los dos muchachos inmovilizados en el suelo bajo una montaña de ibajays. A una orden de Hida los pusieron en pie, mas sin soltarles. A través de sus lágrimas de impotencia, rugiendo y lanzando espumarajos de rabia, Miguel Ángel tuvo que ver cómo los soldados se llevaban a Ángela Balmer. La muchacha tenía los ojos cerrados y sus brazos se bamboleaban inertes al compás de la marcha de sus porteadores. Miguel Ángel comprendió que había expirado y esta seguridad casi despertó en su corazón una feroz alegría. Los tiburones, al menos, sólo se cebarían en un cadáver. Hida no podía añadir nuevos horrores a su crimen.

- ¡Por última vez, Miguel Ángel! -estaba diciéndole la reina de los ibajay-. ¿Vas a recobrar el juicio o será necesario que te lo imponga a la fuerza?

- ¡Malvada… bruja… arpía! -aulló Miguel Ángel Aznar haciendo esfuerzos para desasirse de los soldados y saltar sobre la garganta de aquella mujer-. ¿Cómo puedes ser tan imbécil que me creas capaz de acceder a tus sucios deseos después de lo ocurrido?

- Ten en cuenta que tu hermana Estrella vive todavía -le recordó la reina.

- ¡Mátala! -chilló Miguel Ángel fuera de sí-. ¿A qué esperas? ¡ Asesínala también… sáciate de sangre, hiena maldita! ¡Ni ella ni yo queremos sobrevivir a nuestros compañeros… no queremos deberte el favor de nuestras vidas! ¡ Prometiste respetar a Ángela y a José Luis… prometiste permitir a mi escuadra que abandonara estos mares sin atentar contra ella…! ¡Mentiras… todo mentiras! ¿Y crees posible engañarme una vez más? ¿Crees que me importa vivir después de ver muerta a la mujer que amo y cautivos a mis hermanos.

- Recobrarás la razón -dijo Hida fríamente-.Yo doblegaré tu orgullo.

Hizo una seña a los soldados. Estos se abalanzaron sobre Miguel Ángel y se lo llevaron en volandas, pese a sus puñetazos y patadas, hasta una pequeña mazmorra en la cual le arrojaron violentamente. La puerta se cerró con estrépito de cerrojos. El último de los Aznares quedó solo con su desesperación.

Por un momento cruzó por su mente la idea del suicidio, e incluso buscó con la mirada un punto de apoyo para su cinturón. Pero el desdichado pensamiento huyó rápidamente de su cabeza. Su religión le prohibía quitarse la vida, y por otro lado, ¿qué necesidad tenía de entrar en la Muerte como pecador si, al fin, no tardarían en

asesinarle? Por el angosto ventanuco que daba luz a la mazmorra llegaban los fieros alaridos de la multitud enardecida. El Circo seguía tragando víctimas entre el regocijo de aquel sanguinario pueblo.

Al cabo de un buen rato sonaron de huevo los cerrojos La puerta se abrió y entró un grupo de soldados que le sacaron fuera. Por la misma rampa que atravesó en seguí miento de la moribunda Ángela los guardias le sacaron a la palestra. Vio entonces a José Luis Balmer en el centro de las ensangrentadas arenas, custodiado también por un grupo de soldados armados.

Aunque ya le importaba poco lo que pudiera hacer de él Miguel Ángel preguntóse intrigado que nueva maldad habría concebido la diabólica mentalidad de Hida. Los soldados le empujaron hasta dejarle frente a José Luis. Este parecía tan sorprendido y receloso como el propio Migue Ángel. Los soldados les pusieron una espada en las manos

- ¡Combatid! -les ordenó el oficial que mandaba la guardia.

Miguel Ángel Aznar y José Luis Balmer cruzaron una mirada de estupefacción.

- ¡No lucharemos! -aseguró Miguel Ángel arrojando la espada al suelo.

- ¡No lucharemos! -dijo a su vez José Luis tirando su espada sobre la de Miguel Ángel. El oficial ibajay sonrió siniestramente.

- ¡Ya lo creo que lucharás! -dijo a José Luis-. Aunque no quieras. En cuanto surta su efecto la droga enloquecedora que te hemos administrado odiarás a tu amigo con todas las fuerzas de tu corazón.

- ¡No! -gritó José Luis horrorizado. Miguel Ángel palideció.

- ¿Es verdad que te han administrado esa droga, José Luis? -preguntó.

- ¡Cielos, sí! -exclamo el muchacho temblando de pies a cabeza-. ¡Pero no lucharé… no conseguirán que luche contigo! ¡Antes…!

José Luis giró en redondo y se lanzó contra los soldados en un desesperado intento por huir. La guardia cayó sobre él sujetándole con fuerza.

- ¡Canallas… asesinos! -rugió José Luis debatiéndose como un loco entre las manos de los soldados. Y al comprobar su impotencia sus ojos se llenaron de lágrimas.

- ¡No podía sospechar que aquella inyección fuera para enloquecerme, Miguel Ángel! -chilló desesperado-. ¡Si es verdad que me hace perder el juicio… mátame! ¡Mátame, Miguel Ángel… por Dios… por lo que más quieras!

Anonadado, Miguel Ángel Aznar miraba a su amigo. Mientras tanto, el público pataleaba, silbaba y cubría de soeces insultos a los terrícolas.

Aquella misma gente había vitoreado poco antes a Miguel Ángel

cuando se dirigía hacía el Circo acompañando a la reina Hida. Ahora, sin embargo, le llenaban de improperios.

De pronto, los espectadores dejaron escapar un rugido de satisfacción.

- ¡Cuidado! -avisó el oficial a su gente-. ¡Están saliendo las espadas!

Miguel Ángel miró al suelo y vio brotar lentamente de las arenas centenares de afilados aceros que formaban largas e impecables hileras a lo largo y lo ancho de toda la palestra. Cada una de aquellas espadas estaban separadas de las contiguas por una distancia de 50 centímetros. Surgían despaciosamente de punta a través de las ensangrentadas arenas, y cuando acabaron de crecer tenían una altura de 60 centímetros. La palestra tomó el aspecto de un colosal rastrillo puesto boca arriba, con los centenares de agudas puntas hacia el cielo.

José Luis hizo un desesperado y último intento por arrojarse sobre aquellas espadas, pero los soldados le tenían bien cogido y se lo impidieron. Pálido, sudoroso y desencajado, José Luis dejó de luchar. Quedó en una inmovilidad tensa y nerviosa.

- ¡La droga empieza a hacer efecto! -exclamó uno de los soldados.

Horrorizado, Miguel Ángel miró a su amigo y le vio con la boca extrañamente torcida, respirando entrecortadamente mientras sus ojos parecían hincharse y giraban en las órbitas. Diríase que José Luis era víctima de una honda transformación interior.

- ¡Poneos detrás de él! -gritó el oficial.

Los ibajay se situaron tras las espaldas de José Luis. Los ojos de éste dejaron de girar y se inmovilizaron sobre la figura de Miguel Ángel. El oficial recogió la espada del suelo y la puso en manos de José Luis.

- ¡ Ése es el hombre que odias! -le gritó al oído señalando a Miguel Ángel.

José Luis miró a su amigo con ojos inyectados de sangre y empuñó la espada con tal fuerza que sus nudillos blanquearon. Profirió un rugido e hizo intento de arrojarse sobre Miguel Ángel. Los soldados le mantenían todavía asido.

- ¡Recoge la espada, príncipe! -gritó el oficial a Miguel Ángel- ¡En cuanto soltemos a este loco se lanzará sobre ti para matarte!

En ese momento, Miguel Ángel se inclinó y recogió la espada. En el mismo instante los soldados dejaron en libertad a José Luis y escaparon a la carrera por entre las angostas calles que formaban las espadas, sólidamente plantadas en la arena. El público dejó oír un aullido de entusiasmo. Miguel Ángel, espada en mano, miró horrorizado a su amigo, que avanzaba lentamente hacia él mirándole con insistencia asesina.

- ¡José Luis! -gritó Miguel Ángel- ¡Despierta… soy Miguel Ángel… tu amigo!

José Luis Balmer no escuchaba. Sus ojos, saltones y brillantes,

continuaban clavados en los de su amigo malévolamente. De pronto dio un salto hacia adelante enarbolando su espada. Miguel Ángel alzó el brazo parando el golpe. Los dos aceros chocaron despidiendo chispas.

- ¡José Luis! -aulló Miguel Ángel retrocediendo bajo la lluvia de mandobles de su mejor amigo-. ¡Vuelve en tí… despierta!

- ¡Canalla… bribón! -aulló José Luis descargando un huracán de tajos.

Miguel Ángel continuó retrocediendo, cuidando de no tropezar con las espadas puestas de punta.

Una caída podía significar la muerte. El público rugió de entusiasmo. Ya en la Academia Astronáutica de San Carlos, de la que él y José Luis eran cadetes, José Luis manifestábase como un estupendo e incansable esgrimidor. Miguel Ángel no era inferior a su amigo en el manejo de la espada, el sable o el florete. Pero en el presente caso lo de menos era la habilidad de cada uno. José Luis quería matarle, y Miguel Ángel no quería matar a José Luis. La sola idea de tener que matar a su mejor amigo no sólo horrorizaba a Miguel Ángel, sino que la dejaba entrever la angustia del propio José Luis si llegaba a matarle, cuando pasado el efecto de la droga supiera lo que había hecho.

Evidentemente, Miguel Ángel no podía matar a su amigo ni debía permitir que éste le matara a él. Pero la lucha se prolongaba entre los dos hábiles esgrimidores y por fuerza debía tener un final. La droga enloquecedora parecía haber duplicado la fuerza del brazo de José Luis. Los aceros chocaban despidiendo chispas de fuego. A cada momento, Miguel Ángel insistía en su desesperado grito de aviso:

- ¡José Luis… muchacho! ¡Despierta! ¡Soy Miguel Ángel y tú no me odias!

Pero José Luis no escuchaba. Tal vez ni siquiera le oía. La punta de su acero buscaba el corazón y la garganta de Miguel Ángel. Este, bañado en sudor, veíase muy apurado para apartarla de su mortal trayectoria. Retrocediendo siempre ante su impetuoso amigo llegaron ante el palco de la reina Hida.

Miguel Ángel dio un salto de costado para eludir una estocada de José Luis. Este cayó de rodillas entre las espadas. Miguel Ángel aprovechó la pausa para mirar hacia el palco. Entonces vio a Estrella junto a Hida. La muchacha seguía las incidencias del duelo con pupilas desorbitadas de horror.

¡Malvada! -pensó Miguel Ángel-. ¡No le basta con todo lo hecho, sino que necesita recrearse en la angustia de la pobre muchacha!

José Luis volvió al ataque, ahora con una acometividad suicida. De haber querido, Miguel Ángel hubiera encontrado muchos huecos en la ofensiva de su amigo, por donde introducir la punta de su espada

hasta el corazón o en la garganta del enloquecido muchacho. Sin embargo continuó retrocediendo hasta que sus espaldas se apoyaron en el muro del palco real. Oyó la risa de Hida, y también los gritos de Estrella.

- ¡José Luis... Miguel Ángel! ¿Estáis locos? ¡Deteneos... deteneos, por Dios!

Cogido entre la espada de su amigo y el muro, Miguel Ángel viose ahora obligado a amenazar a su amigo para que éste le permitiera escapar. Pero José Luis no se cuidaba de cubrir su propio cuerpo. Buscaba ansiosamente la garganta de su amigo arrojándose prácticamente sobre la espada de Miguel Ángel.

José Luis se lanzó a fondo. Miguel Ángel saltó de costado y la punta de la espada de su amigo chocó contra el muro. Miguel Ángel salió de su rincón volviendo de espaldas hacia el centro de la palestra. José Luis le persiguió y le tiró una estocada que le arañó el brazo cortando la tela púrpura. Un grito ensordecedor alzóse de la multitud. José Luis volvió al ataque con redoblado esfuerzo.

Miguel Ángel empezaba a sentirse dominado de mortal cansancio. La espada parecía pesar toneladas en su mano. Los golpes de su amigo, sin embargo, eran poco menos fuertes que aquellos con que inició la lucha. Miguel Ángel, sudando por todos sus poros y sangrando por la herida del brazo, comprendió que no podría resistir mucho más tiempo.

Empezó a pensar en dejar caer la espada y permitir que la de su amigo le atravesara de parte a parte. Al fin y al cabo, el muchacho estaba bajo los efectos de la droga enloquecedora, y esto le disculpaba plenamente. Su conciencia sufriría en lo que le restara de vida, pero no más de lo que sufriría la de Miguel Ángel, si era éste quien mataba a José Luis.

Decidió morir a manos de José Luis. Sin embargo continuó esgrimiendo su espada, parando con creciente dificultad los mandobles y las estocadas de su amigo, asido a la remota esperanza de que los efectos de la droga se desvanecieran y José Luis recobrara la lucidez antes de que fuera tarde.

Pero el tiempo transcurría, y en los desorbitados ojos de José Luis no aparecía la señal de conocimiento que Miguel Ángel esperaba. Este sentíase rendido de fatiga. Tenía que hacer un sobrehumano esfuerzo para continuar en pie esgrimiendo su espada. Estaba ya descorazonado, convencido de la inutilidad de su espera...

De pronto, el milagro que Miguel Ángel estuviera aguardando inconscientemente se produjo. Un vivísimo relámpago azul-verdoso iluminó crudamente el circo, arrebatando el color a las personas y a las cosas. Al mismo tiempo, un trueno pavoroso estalló sobre la cabeza de Miguel Ángel, retumbó ensordecedor bajo la cúpula que encerraba

a la ciudad e hizo estremecer las arenas del circo.

Un largo alarido de terror surgió de millares de gargantas enronquecidas. Un nuevo relámpago restalló cegando a Miguel Ángel. Este conocía la procedencia de aquella vivísima luz. Era la producida por una explosión atómica. Otro trueno rugió, sobre las cabezas de los espantados asistentes al circo. La ciudad entera se estremeció cual si acabara de embestir a una montaña.

Miguel Ángel alzó los ojos hacia la gigantesca cúpula de cristal que encerraba la ciudad de Arba. Aquella cúpula se rajó en la segunda explosión, y Miguel Ángel vio descender un telón de agua que fue a caer sobre las gradas y la palestra. El pánico cundió entre el público. Por entre el sordo rumor de las cataratas que se precipitaban desde las alturas, Miguel Ángel escuchó un ensordecedor alarido de terror. El agua cayó sobre los dos luchadores haciéndoles rodar por entre las erguidas espadas.

Miguel Ángel saltó de pie bajo el brutal peso del chorro de agua y corrió hacia José Luis. Este había caído entre las espadas y hacía esfuerzos por levantarse. Miguel Ángel tiró de su brazo y José Luis le miró estúpidamente a través del telón de agua que caía sobre su cabeza y sus hombros. La frialdad del agua despejaba su cerebro de las brumas que lo envolvían.

Mientras tanto, la multitud se daba a la fuga lanzando chillidos, saltaba a la palestra y corría entre las afiladas espadas. Muchos tropezaban y caían quedando ensartados en las hojas de acero.

- ¿Qué ocurre? -gritó José Luis entre los gritos de la muchedumbre y el rugido del agua que descendía desde la alta cúpula.

Miguel Ángel no contestó. Levantó los brazos al cielo, apresando la fría agua que caía sobre él y rio en locas carcajadas.

- ¡Huid, perros íbajay! -gritó a pleno pulmón- ¡Esta es la He Dios!

Un terrorífico trueno ahogó sus palabras junto con el grito empavorecido de la multitud.

CAPITULO IX

ARBA, CIUDAD MALDITA

El circo era a modo de un gigantesco embudo que recogía el agua vertida por las grietas y la concentraba en él fondo de la palestra. En breves minutos, el nivel del agua alcanzaba ya hasta la cintura de Miguel Ángel. Este sintió su mano cogida por otra de extraño contacto.

Volvióse con rapidez encontrándose ante el rostro de la princesa Ondina, que le miraba a través de su yelmo lleno de agua. La voz de la joven oceánide llegó a oídos del terrícola por un micrófono del yelmo.

- ¡Pronto! -gritó la muchacha-. ¡Venid… seguidme!

- ¿Seguirte? ¿Adónde? -preguntó Miguel Ángel estupefacto.

- La flota submarina de Tritón II está atacando la ciudad. Tritón es mi padre. El agua inundará pronto la ciudad y los submarinos de nuestra flota invadirán Arba.

Este final para su extraordinaria aventura estaba tan lejos del pensamiento de Miguel Ángel que tardó en penetrar en él. ¡Salvarse tal vez! Miró hacia el palco real. El palco estaba desierto. Una sólida verja metálica le separaba del graderío y tenía una salida particular.

- ¡ Estrella! -gritó José Luis siguiendo la dirección de la mirada de su amigo-. ¡Ha desaparecido!

- ¡La reina ibajay se la llevó! -gritó Ondina-. ¡Venid conmigo!

A su alrededor, el agua seguía cayendo en ruidosas cataratas. Los ibajay gritaban mientras corrían despavoridos de un lado á otro. El agua que descendía formando cascadas por los escalones del graderío arrollaba a hombres y mujeres y los vertía sobre la cancha. Los terrícolas veían relampaguear la verde-azulada luz de las explosiones atómicas sobre sus cabezas. El suelo temblaba como sacudido por un terremoto…

Ondina guió a los terrícolas a lo largo del muro de la palestra en dirección al palco real. Por encima de sus cabezas, el agua recogida por el gigantesco embudo que formaba el circo caía a la cancha formando un arco. No llevaban recorridos más de unos pasos cuando ya el agua les llegaba hasta los hombros. Toda la palestra era un gran lago en el que braceaban millares de ibajay. Ondina, Miguel Ángel y José Luis perdieron el contacto con el piso y se pusieron a nadar.

La muchacha oceánide nadaba como un tiburón. Con sólo el movimiento de sus palmeados y desnudos pies avanzaba como impulsada por un motor y una hélice. Los terrícolas tenían que hacer sobrehumanos esfuerzos para no quedarse atrás.

Cuando llegaron ante el palco, el agua había subido tanto en la palestra que su nivel llegaba a sólo medio metro de la baranda del palco. Los muchachos saltaron sobre la baranda entrando en el palco. Aquí no había más rastro de sus anteriores ocupantes que gran número de prendas esparcidas por el suelo.

- ¡ Por aquí huyeron! -gritó Ondina sobre el estruendo del agua y de la gritería, señalando la salida particular del palco.

Los terrícolas se lanzaron en pos de Ondina. Esta trotaba grotescamente a lo largo del bien iluminado pasadizo. Unos instantes después salían a un patio sobre el que iban a dar las entradas de los palcos distinguidos. Ahora el patio estaba lleno de gente que se agolpaba hacia la única puerta de salida. Allí estaban todavía los automóviles del cortejo de la reina.

Entre la multitud, Miguel Ángel alcanzó a ver la pluma roja con que

la reina de los ibajay adornaba su cabeza. La multitud no respetaba nada en su despavorida huida. La reina había intentado escapar en su automóvil, pero la gente de la grada taponó la salida. Ahora, la reina de los ibajay y tres o cuatro de sus más distinguidos ministros pugnaban por abrirse paso entre sus enloquecidos súbditos.

- ¡Estrella… allí! -gritó José Luis.

El patio estaba parcialmente invadido por las aguas. Chapoteando en ella, la princesa oceánide y los dos terrícolas alcanzaron a la multitud, se mezclaron con ella y avanzaron abriéndose paso a codazos hacia la roja pluma de Hida que se agitaba por encima del mar de cabezas. La marea humana empujaba por detrás haciendo pasar a los que iban delante a tremenda presión por el pasadizo. Ondina, Miguel Ángel y José Luis salieron del circo en pos de Hilda, de Estrella y de los ministros. La nobleza ibajay se desparramaba corriendo hacia el centro de la ciudad. Miguel Ángel y José Luis dejaron atrás a Ondina y corrieron como gamos detrás de Hida, la cual iba tirando del brazo de Estrella.

Pero estrella volvió la cabeza, vio a su hermano y a su novio y se detuvo forcejeando con la reina. Hida se detuvo también, vio a los terrícolas y soltó a Estrella para emprender la huida. Miguel Ángel la alcanzó, la asió de los largos cabellos y la derribó sobre los dos pies de agua que cubría el suelo. Hida volvió a ponerse en pie.

- ¡Socorro… favor… a mí, mis ibajay! -chilló la reina.

Pero los ibajay no la escuchaban. En realidad apenas si podían oiría entre el estruendo de las explosiones que continuaban restallando sobre sus cabezas. Miguel Ángel atrapó de nuevo a la odiosa mujer y le dio un empujón tirándola al suelo.

Ondina llegó en aquel instante. Se lanzó como un león sobre la reina ibajay. Mientras José Luis sostenía entre sus brazos a la sollozante Estrella Aznar, Miguel Ángel seguía con ojos desorbitados la feroz lucha de las dos mujeres que se revolcaban entre el medio metro de agua que cubría el piso. Las manos palmeadas de Ondina, la princesa de las oceánides, se cerraron sobre la garganta de la reina de los ibajay. La oceánide era extraordinariamente fuerte. Empujó a Hilda y le hundió la cabeza en el agua turbulenta.

Las verdosas manos de Hida emergieron para tremolar con desesperación. Pero Ondina la tenía bien asida y le sostenía la cabeza bajo el agua. Veía Miguel Ángel agitarse las piernas de Hida, veía estallar en la superficie burbujas de aire escapado de los pulmones de la reina, y veía las manos verdosas crisparse en el espasmo de una cruel agonía.

Ondina sostuvo bajo el agua a la reina de los ibajay por un tiempo que sobrepasaba en mucho al que ésta era capaz de resistir en inmersión. Cuando las palmeadas manos de Ondina soltaron su presa,

el cadáver de la ahogada Hida salió a flote y empezó a derivar lentamente a impulso del torrente que salía de las puertas del circo hacia el centro de la capital.

- Sólo ha pagado una ínfima parte de sus numerosos crímenes -murmuró Ondina mirando el cadáver de su rival. Y volviéndose hacia Miguel Ángel añadió:

- Vamos. Debemos buscar un objeto flotante para que podáis sosteneros mientras llegan los submarinos de Tritón.

- ¿Y por qué no vamos a refugiarnos en la azotea de uno de esos rascacielos? -propuso José Luis.

- No -opuso Ondina-. Todos los ibajay pensarán lo mismo que vosotros, pero hay muchos ibajay de las otras ciudades de Arba, y los pisos altos de los rascacielos no podrán alojarles a todos. Es mejor que nos acojamos a un objeto flotante y procuremos mantenernos alejados del centro de la ciudad.

- Bien, Ondina -farfulló Miguel Ángel-. Tú eres ahora nuestro jefe. Guíanos.

Ondina echó a andar en dirección contraria a la que seguía la empavorecida multitud, esto es, hacia las partes donde la cúpula se unía con el piso de la ciudad, donde los edificios eran de poca altura. El agua subía constantemente de nivel. Los objetos flotantes que veían eran pocos y pequeños, tal vez porque en Arba eran raros los muebles y las puertas de madera. La multitud había desaparecido ya en dirección al centro de la ciudad.

Subidamente, Ondina pareció tener una idea.

- ¡Venid conmigo! -gritó a los terrícolas.

Con gran sorpresa de Miguel Ángel, la princesa oceánide les llevó nuevamente al circo. Entraron en uno de los grandes patios exteriores con agua hasta el pecho. Apenas traspuesto el zaguán vieron flotando en mitad del patio cuatro o cinco grandes vasijas de cristal. Eran aquellas peceras de gran tamaño, dentro de las cuales había visto Miguel Ángel por primera vez a los oceánides. La muchacha tenía buenas razones para saber que las peceras estaban allí puesto que había sido traida al circo, juntamente con sus compañeros, en aquellas mismas vasijas.

- Dentro de una de esas esferas estaremos seguros -dijo la princesa-. Una vez dejemos caer las trampas no habrá temor a que se nos anegue.

- No, pero sí a que muramos asfixiados -repuso Miguel Ángel.

- Los buques sumergibles de Tritón estarán dentro de Arba antes que la cubran por entero las aguas.

Los terrestres siguieron a la oceánide hasta una de las grandes esferas de vidrio, la cual capturaron. No era fácil introducirse en ella, porque se volteaba con facilidad. Pero a costa de grandes esfuerzos y

mientras Ondina la sostenía desde el agua, los terrícolas fueron introduciéndose uno tras otro. Antes de seguirles, Ondina se zambullo bajo las aguas.

- ¡Se ha marchado! -exclamo Estrella sorprendida.

- No se ha marchado. Se ha sumergido para cambiar el agua de su yelmo -dijo Miguel Ángel.

El terrícola había acertado. Ondina reapareció ajustándose el yelmo y se introdujo a su vez por el agujero de la pecera, el cual cerró con la tapa de cristal.

Mientras tanto, el agua seguía descendiendo en grandes chorros desde la cúpula rajada y elevaba el nivel en el interior del palco. La pecera derivó hacia la puerta y salió del circo acercándose al centro de Arba. Cuando pasaron junto a los edificios más altos, el agua anegaba ya las plantas bajas y subía invadiendo los pisos. A través del cristal de la pecera, los terrícolas podían asistir a espeluznantes escenas de terror.

A medida que el agua iba subiendo, la gente evacuaba los pisps inferiores para subir a los más altos. Por fuerza llegaría momento en que los pisos altos no podrían contener a tanta gente. En realidad estaban muriendo ya por miles, ahogados dentro de los pisos en los cuales buscaban la salvación.

La esfera navegó lentamente a lo largo de una amplia avenida. Arba, la ciudad-concha, empezó a inclinarse hacia un lado. Esto fue la causa de una más rápida inundación de una parte de la ciudad, mientras que de la otra volvían a emerger algunos edificios sepultados por las aguas. La corriente empujó a la esfera de vidrio hacia el lado del cual escoraba la ciudad sumergible. Los ocupantes del curioso bote se vieron flotando en mitad de una calle entre rascacielos. De las ventanas de los pisos bajos de estos edificios caían al agua gentes expulsadas por los que iban subiendo de las plantas inferiores inundadas…

En el canal que formaban los altos edificios braceaban desesperadamente centenares de hombres y mujeres, muchos de los cuales desaparecían bajo las revueltas aguas para no volver a aparecer. Los náufragos vieron a la providencial esfera de vidrio que pasaba flotando entre ellos y, naturalmente, se dirigieron hacia ella.

- ¡Si abren la escotilla estamos perdidos! -gritó José Luis Balmer viendo a un grupo de ibajay envolviendo a la pecera.

- ¡Pues no podemos impedirlo! -repuso Miguel Ángel-. ¡La escotilla se abre desde fuera!

Los desesperados ibajay apresaron la flotante esfera y se colgaron a ella. Como había ocurrido cuando los terrícolas y Ondina trataban de penetrar en ella, la bola volteó poniendo la escotilla al alcance de las manos de los náufragos. Estos la abrieron, y la pecera, al seguir

volteando, se volvió del revés, con la boca hacia abajo.

- ¡Fuera! ¡Fuera! -chilló Miguel Ángel empujando a Es-trjlla hacia el agujero, por el cual entraba el agua a borbotones.

La inundación se produjo en brevísimos minutos. Mientras se hundía, José Luis consiguió escapar también. Pero Miguel Ángel quedó apresado dentro, juntamente con Ondina. La última burbuja de aire escapó ruidosamente y el joven terrícola contuvo la respiración mientras trataba de ganar el agujero de salida. Pero la pecera caía hacia el fondo arrastrando consigo a sus dos ocupantes.

«¡Es inútil!» - pensó Miguel Ángel conteniendo con gran esfuerzo el aire que quedaba en sus pulmones-, «¡Es inútil!»

Abrió la boca. El agua entró por ella hasta sus pulmones. Sintió un zumbido en los oídos, y un velo rojo ante sus ojos… Se ahogaba. Lo sabía, y esto le producía una extraña irritación. ¡Haber sobrevivido a tantas aventuras y…!

Perdía la ilación de sus ideas… caía en un negro y profundo abismo. Antes de que perdiera el sentido creyó sentir como si alguien tirara de él…

Despertó algún tiempo después. Tenía la cabeza fuera del agua. Alguien le sostenía con un brazo pasado alrededor de su pecho, por debajo de los sobacos. Miguel Ángel miró aquel brazo y lo vio cubierto de suaves y plateadas escamas… ¡Era Ondina, la princesa oceánide, quien le había sacado de la pecera anegada!

- ¡Ondina… Miguel Ángel!

Oía gritos a su alrededor. Vio surgiendo sobre las aguas la morena cabecilla de su hermana, no lejos de la rubia de José Luis Balmer. De pronto, algo parecido a un monstruo marino se elevó brotando del seno del abismo. Una especie de promontorio amarillo se alzó ante sus ojos.

- ¡Al submarino… al submarino! -gritó muy cerca de él la voz de la princesa Ondina-. ¡Nadad hacia él… es nuestro… es un sumergible oceánide!

El agua chorreaba de la cubierta del buque. Una escotilla se abrió, y de ella surgieron con rapidez unas figuras humanas que se cubrían las cabezas con yelmos llenos de agua. Gritaban algo en un idioma que debía ser el oceánide, pues Miguel Ángel no lo entendía. Ondina contestó también a gritos. Los marinos oceánides hicieron señas de haber comprendido, y mientras algunos de ellos volvían a desaparecer por la escotilla, otros se zambullían como ranas en el agua y corrían en auxilio de Estrella; de José Luis y de la misma Ondina. Una mano membranosa asió a Miguel Ángel de un brazo y le arrastró hasta el submarino…

Estrella y José Luis eran sacados del agua por cuatro pares de robustos escamosos. Los mismos brazos se tendieron para izar a

Miguel Ángel Aznar y a Ondina. Uno de los oceánides saludó a la princesa y cruzó con ella algunas palabras en aquel idioma desconocido para los terrícolas. De la escotilla brotaron algunos hombres-rana llevando unos líos de ropas y unos bultos que depositaron sobre la cubierta.

- Ponéoslos -dijo Ondina a los terrícolas-. Son trajes de inmersión.

Miguel Ángel Aznar no comprendía la necesidad de embutirse en unos trajes de buzo para entrar en el interior de un submarino, pero obedeció. Los oceánides, mientras tanto, luchaban con una turba de náufragos ibajay que asaltaban la cubierta del sumergible. La desesperación daba una audacia inaudita a aquellos desgraciados. Miguel Ángel esperaba ver a los oceánides empuñando las ametralladoras de que iban armados y disparando a bocajarro contra los invasores. Sin embargo, los oceánides repelieron el asalto a puñetazos y a golpes de culata sin hacer funcionar sus armas.

La propia Ondina ajustó la escafandra sobre los hombros de Miguel Ángel.

- ¡Rápido… abajo! -gritó la muchacha señalando la escotilla.

Miguel Ángel se encaminó hacia la escotilla, miró por el redondo agujero y lanzó una ahogada exclamación de asombro. ¡El submarino estaba inundado!

El joven terrícola asociaba mentalmente la idea de un buque anegado de agua a la de un navío inutilizado. Pero aquí la cosa era distinta. Al comprenderlo sonrió. ¡Los oceánides respiraban en el agua como los peces! Tan lógico como que un buque terrícola estuviera lleno de aire lo que era un sumergible oceánide lo estuviera de agua. Los hombres-rana estaban en su elemento. ¡No debía preocuparles que su barco hiciera agua!

Por primera vez en su vida Miguel Ángel descendió hasta el interior de un buque donde el estado normal era de anegamiento. Todas las dependencias del buque estaban llenas de agua. Los tripulantes oceánides se movían allí con toda comodidad, sin los yelmos llenos de agua que necesitaban para vivir fuera de su líquido elemento.

Estrella, José Luis y Ondina descendieron a su vez por la escalerilla. En pos de ellos entraron los oceánides. Aquél que había recibido a Ondina y parecía un oficial dio una voz, que los terrícolas pudieron escuchar perfectamente gracias a unos auriculares dispuestos en las paredes de sus escafandras.

Escuchóse un sordo zumbido de motores. La escotilla se cerró y el buque sumergible se puso en movimiento.

- Lamento que nuestro buque no sea muy cómodo para vosotros -dijo Ondina al tiempo que se arrancaba su yelmo-. En Ciudad de Coral será distinto. Allí seréis alojados en casas donde podréis respirar libres de escafandras. Venid a la cámara del oficial. Todavía no nos

conocemos. ¿Vosotros sois quizá nahumitas?

Miguel Ángel negó. Entraron en la cámara del oficia! Allí a medias sentado en un sillón, a medias flotando, Miguel Ángel relató a Ondina la misma historia que relatara a la reina de los ibajay días atrás. Los grandes ojos verdes de la princesa no se apartaban un momento de la cara y los labios de Miguel Ángel mientras éste hacía el relato de sus extraordinarias aventuras desde que llegaran a esta galaxia a bordo del autoplaneta Va lera.

El corazón me dijo que tú eras diferente a los nahumitas cuando te vi por primera vez, junto a Hida, a través del cristal de la pecera -dijo Ondina-. En tus ojos había compasión y humanidad cuando me miraste. Luego cuando en el circo acudiste en mi ayuda salvándome de aquel tigre, acabé de convencerme de que tú no podías ser nahumita.

- Bien me has pagado aquel favor -murmuró Miguel Ángel-. Nos has salvado a todos, y a mí dos veces al sacarme de aquella esfera de cristal inundada.

- No tuvo importancia -repuso Ondina-. Espero poder hacer más por vosotros en lo sucesivo. Tuvimos gran suerte de que la flota submarina de Tritón llegara a tiempo. Yo me dirigía a Ciudad Perla en uno de los submarinos reales cuando nuestro buque fue paralizado por el Rayo Azul de una flotilla de buques ibajay que nos salieron al encuentro. Mi padre, al saber que ni el submarino ni yo habíamos llegado a Ciudad Perla, mandó una escuadra en mi busca. Esta escuadra encontró los restos de mi submarino. Tritón dedujo que estábamos en poder de los ibajay y expidió una importante flota en mi busca... Los oceánides tuvieron suerte a su vez. Hallaron a todas las ciudades-concha de los ibajay reunidas, y de esta forma su ataque ha sido muy fructuoso Nuestros enemigos han quedado prácticamente barridos de estos mares. No volverán a molestarnos jamás.

José Luis tiró del brazo de su amigo.

- Pregúntale si no podrían llevarnos directamente hasta nuestros buques en vez de conducirnos a su Ciudad de Coral -musitó el muchacho-. Me muero de ganas de ver caras conocidas y, por otro lado, soy incapaz de confiar en ningún habitante de estos planetas después de lo ocurrido.

Miguel Ángel asintió y repitió la pregunta a Ondina. Las glaucas pupilas de la princesa se cubrieron de tristeza.

- Creí que nos honraríais accediendo a ser mis huéspedes, al menos por algunas horas -murmuró.

- Discúlpanos por esta vez, Ondina-repuso Miguel Ángel Aznar-. Nos sentimos muy cansados. Yo, en especial, no ansió en estos momentos otra cosa que algunos días de tranquilidad y silencio. Si aceptara ahora tu invitación me obligarías a ser un huésped huraño e

insociable. No sólo me siento cansado después de estos días de prueba, sino que noto apagarse en mí la esperanza de redimir a mi pueblo. Tal vez el recogimiento y la meditación me devuelva la confianza en mí mismo. Entonces te lo prometo, iré a visitaron en vuestra Ciudad de Coral.

- Tú amabas a la muchacha que murió en el circo, ¿verdad? -preguntó Ondina clavando sus hermosos ojos en los apagados y tristes de Miguel Ángel Aznar.

- Sí, Ondina. Yo la amaba… y la he perdido. Nunca me consolaré de esta pérdida.

- Nunca es mucho tiempo, hombre de la Tierra -repuso Ondina dulcemente-. La vida exige, el tiempo mitiga las penas y el amor desvanece al amor. Tal vez no olvides nunca a aquella valiente muchacha. Pero con el trascurso de los días tu dolor se hará más soportable y volverás a vivir… Sí. Volverás a vivir y a creer en ti mismo y en la libertad de tu pueblo cautivo. Voy a conducirte ahora hasta tu escuadra. Pero cuando el recogimiento te haya devuelto la serenidad… Ven a Ciudad de Coral. Allí serás siempre bien recibido, y puede que Tritón se sienta muy honrado de firmar una alianza contigo. También los oceánides suspiran por su perdido mundo, por un mundo lleno de luz, de aire y de sol. ¿Vendrás, hombre de la Tierra?

- Sí, iré. Te lo prometo.

La muchacha sonrió y abandonó la cámara para dar instrucciones al comandante del buque.

- ¿Cumplirá esa muchacha su palabra… o nos engañará como nos engañó la reina de los ibajay? -murmuró José Luis Balmer.

- Cumplirá su palabra -aseguró Miguel Ángel-. Esta mujer es muy distinta a Hida.

- Es mujer, a pesar de todo. Creo que Ondina está enamorada de ti, amigo.

- ¡José Luis! -exclamó Miguel Ángel estremeciéndose al pensar en aquella muchacha de pies y manos membranosos, de piel cubierta de escamas y de rostro tiznado de ocre.

José Luis Balmer no insistió. Sin embargó, cuando algunas horas más tarde Miguel Ángel estrechó la mano de la princesa Ondina, ante un crucero sideral valerano pintado de verde brillante, el muchacho creyó ver a través del cristal de su escafandra, bajo la enceguecedora luz del foco de su propio buque sideral, que en los ojos verdes de la oceánide brillaba la misma luz amorosa con que la extinta Ángela Balmer le acariciara algunas veces.

- Adiós, Ondina -murmuró.

- ¿Qué quiere decir adiós? -preguntó la muchacha.

- Quiere decir… hasta que volvamos a vernos.

- ¡Ah! -exclamó la joven oceánide. Y plegando sus labios en una dulce sonrisa murmuró:

- Entonces… adiós, hombre de la Tierra.

- Instantes más tarde, la puerta de una esclusa se cerraba detrás de Estrella Aznar, de Miguel Ángel Aznar y de José Luis Balmer. La mujer sirena regresó lentamente a su buque submarino.

FIN